

BROCHES TIPO BUREBA. TIPOLOGIA, CRONOLOGIA Y DISPERSION

CARLOS SANZ MINGUEZ

Dentro de la metalurgia desarrollada durante la II Edad del Hierro en la mitad septentrional de la Submeseta Norte peninsular destacan, por su aparatosisidad y belleza, unas grandes placas bronceas, cuya nomenclatura alude al lugar de máxima concentración de hallazgos situado en una zona muy concreta de la Bureba burgalesa —inmediatamente al sur de los Montes Obarenes, en la misma antesala del corredor natural que constituye el desfiladero de Pancorbo— lo que le ha valido tradicionalmente su consideración como cuna del tipo. Se trata como veremos de elementos de gran originalidad que participan de unos planteamientos estéticos y formales íntimamente ligados a otras piezas como los puñales tipo Monte Bernario, que además comparten con respecto a éstos una distribución espacial muy similar y un manifiesto carácter emblemático (aunque en el presente trabajo no abordaremos este tema, véase al respecto Cabré y Cabré, 1933: 43; o para el caso de Padilla: Sanz, 1990 a: 169; sobre el carácter mágico-religioso de los cinturones en general: Blázquez, 1983; y en particular para los broches de la Edad del Hierro peninsular: Morán, 1975).

La idiosincrasia de este elemento ha propiciado de alguna manera que los estudios sobre el mismo no sean infrecuentes. El papel pionero en la valoración y divulgación de estas peculiares placas corresponde, como en otros materiales de la Cultura de Miraveche-Monte Bernorio, a D. Juan Cabré, quien defendió el carácter emblemático de las mismas equiparándolas en status y función a los puñales Monte Bernorio más elaborados. A él se deben los primeros intentos de seriación (Cabré y Cabré, 1933: 43-45) que lamentablemente no encontraron continuidad, por el luctuoso hecho de su muerte, en la tercera entrega de la serie sobre *Decoraciones Hispánicas* que pese a citarse en prensa (Beltrán, 1982: núm. 76) jamás llegó a ver la luz.

Los trabajos producidos con posterioridad a Cabré no supusieron sino un incremento en las evidencias y dispersión del tipo (Martínez Burgos, 1941; Camps, 1952; Wattenberg, 1957 o Gil, 1963), aportando en el mejor de los casos ciertas consideraciones sobre funcionalidad o tecnología que estudios recientes demuestran no siempre acertadas (Rovira y Sanz, 1986-87: 357).

La primera aproximación de carácter globalizador sobre estas placas se debe a Schüle (1969: 135-136), quien propone ya una línea de evolución desde ejemplares cortos hacia otros más largos. Finalmente, M. L. Cerdeño, aunque recoge de

forma implícita las principales variantes del que definiremos como tipo I del broche Bureba (Cerdeño, 1978: fig. 11: 1-3), dedica, sin embargo, una escasa atención al modelo, centrandó su interés preferentemente en otros tipos de broches célticos.

Nos encontramos, pues, con un modelo conocido desde antiguo cuya diversidad morfológica y decorativa ha quedado en buena medida diluida bajo su genérica denominación de «tipo Bureba».

Junto a esta falta de estudios específicos sobre el modelo, es necesario señalar asimismo el incremento de hallazgos producido en los últimos años, alguno de ellos localizados en áreas geográficas, como el medio y alto Duero o incluso el Pirineo occidental francés, ajenas a su marco habitual de distribución. Hallazgos que, en definitiva, introducen una enriquecedora diversidad y sobre todo proporcionan una serie suficientemente amplia (más de medio centenar de piezas) como para intentar abordar con un mínimo de fiabilidad su análisis sistemático.

En esta tarea hemos creído oportuno acceder directamente a cada una de las placas, ya que pese a encontrarse un buen número de ellas publicadas desde antiguo, las deficiencias de las representaciones gráficas en unos casos, y la falta de medidas exactas y/o secciones en otros, suponían pérdidas de información graves para el propósito que perseguimos*. La experiencia nos ha demostrado la radical importancia del contacto directo con los materiales, sobre todo por lo que a los caracteres de las piezas recogidas por Schüle se refiere, ya que en líneas generales sus dibujos pecan de inexactitudes e incluso errores de bulto, derivados tal vez de su ejecución a partir de fotografías no siempre lo suficientemente claras. Tampoco puede soslayarse el incremento de piezas inéditas que mediante dicha consulta de fondos de Museos hemos obtenido, especialmente en el caso burgalés.

* Con todo la gran dispersión de estos materiales ha supuesto un importante obstáculo, salvado gracias a la inestimable colaboración de Dña. Marina Cano, conservadora del Museo «Lázaro Galdiano» de Madrid; Dña. Alicia Roderó, Dña. Magdalena Barril y Dña. María Sanz, conservadoras y restauradoras, respectivamente, del Museo Arqueológico Nacional de Madrid; D. Juan Carlos Elorza y Dña. Marta Negro, director y conservadora respectivamente del Museo Arqueológico Provincial de Burgos; y D. José Antonio Abásolo, y D. Fernando Pérez, catedrático de Arqueología de la Universidad de Salamanca y conservador del Museo Nacional de Escultura de Valladolid, respectivamente.

Agradecemos, asimismo, al Dr. Delibes de Castro el habernos proporcionado el manuscrito inédito de D. Julio Martínez Santa-Olalla titulado *Prehistoria burgalesa* redactado en octubre de 1923. En este libretto, el investigador burgalés aborda diversos aspectos de la cultura posthallstática de la provincia de Burgos, recogiendo circunstancias de hallazgos y descripción de materiales, acompañados de ilustración fotográfica o de dibujos, aparecidos en las localidades de Villamorón, Miraveche, Cantabrana y Soto de Bureba. El manuscrito constituye una referencia de cierto interés por cuanto algunos de los objetos que recoge no aparecen en el bibliografía posterior ni por supuesto en los fondos de los museos actuales. Este trabajo debía de constituir la segunda entrega de una serie que, bajo el título genérico antedicho, pretendía abordar la Prehistoria e Historia romana del solar burgalés. En 1925 se publicó la primera entrega en el *Bulleti de l'associació catalana d'antropologia, etnologia i prehistoria*; al año siguiente dicha revista dejó de editarse, razón por la cual, probablemente el trabajo relativo a la Edad del Hierro quedara inédito.

Los dibujos son obra de D. Angel Rodríguez.

INVENTARIO

Obviaremos la descripción pormenorizada de cada una de las piezas, por cuanto la documentación gráfica que presentamos (figs. 1 a 8), complementada con el cuadro sinóptico (fig. 9), resulta suficientemente expresiva. Con vista a su individualización, cada placa, ya sea macho o hembra, se designa con dos dígitos, arábigo y romano, que aluden al lugar de procedencia y número de orden, respectivamente. Asimismo, se incluyen, cuando existen, las principales referencias bibliográficas de la pieza, así como el lugar de depósito actual.

La mayoría de los hallazgos proceden de contextos funerarios; los encontrados en prospección probablemente compartieran un mismo ambiente.

1) *Padilla de Duero (Valladolid)*: Dos placas activas y sus correspondientes pasivas casi completas, más cinco fragmentos de aquéllas y otra placa estática de gran tamaño, constituyen el lote padillense procedente de la necrópolis de Las Ruedas, reunido a través de diversas circunstancias: visitas al yacimiento por el Seminario de Arte y Arqueología (placa I y X), colección Madrazo (VIII y IX), y nuestras propias excavaciones (II a VII), (un acercamiento global al yacimiento en: Sanz et alii, 1989). La placa I recogida por Wattenberg fue donada por éste al Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid en 1969 y depositada tres años después por M. Almagro en el Museo Arqueológico Nacional, donde actualmente consta con n.º inv. 72/106/1; las restantes se hallan en el Museo Arqueológico Provincial de Valladolid.

I: (fig. 1). Placa fragmentada por el extremo del garfío, recogida por el Seminario de Arte y Arqueología en una visita efectuada al yacimiento en 1954 (BSAA, 1954, p. 7); publicada con posterioridad por Wattenberg (1957: 55-63) como procedente de Las Quintanas, dato rectificado por Palol (Palol, Fontaneda y Recio, 1969: 308) quien indica proviene de Los Hoyos, en una zona de gravera del C.º de Las Quintanas que probablemente haya que identificar más bien con la propia necrópolis de Las Ruedas ubicada sobre una gravera (Sanz, 1985: 231). Destacamos de esta placa por su singularidad la presencia de finas líneas incisas que sirvieron de guía para la abigarrada decoración que la engalana; asimismo la serie de círculos concéntricos que aparece en el extremo proximal presenta entre el tercer y cuarto círculo a manera de cama ancha y rugosa apta para embutir alguna chapa de metal noble, de la que no obstante no se observa ningún indicio en la actualidad.

II: (fig. 1). Placa macho fragmentada por el gargio, tumba 27 de la necrópolis de Las Ruedas. Inédita.

III: (fig. 1). Placa hembra fragmentada, complementaria de la anterior. Inédita.

IV: (fig. 1). Placa macho, carente de los brazos exteriores, tumba 31 de la necrópolis de Las Ruedas. Inédita.

V: (fig. 1). Placa hembra complementaria de la anterior. Inédita.

VI: (fig. 1). Fragmento correspondiente al hombro e inicio del brazo derecho de una placa activa, tumba 29 de Las Ruedas. Inédita.

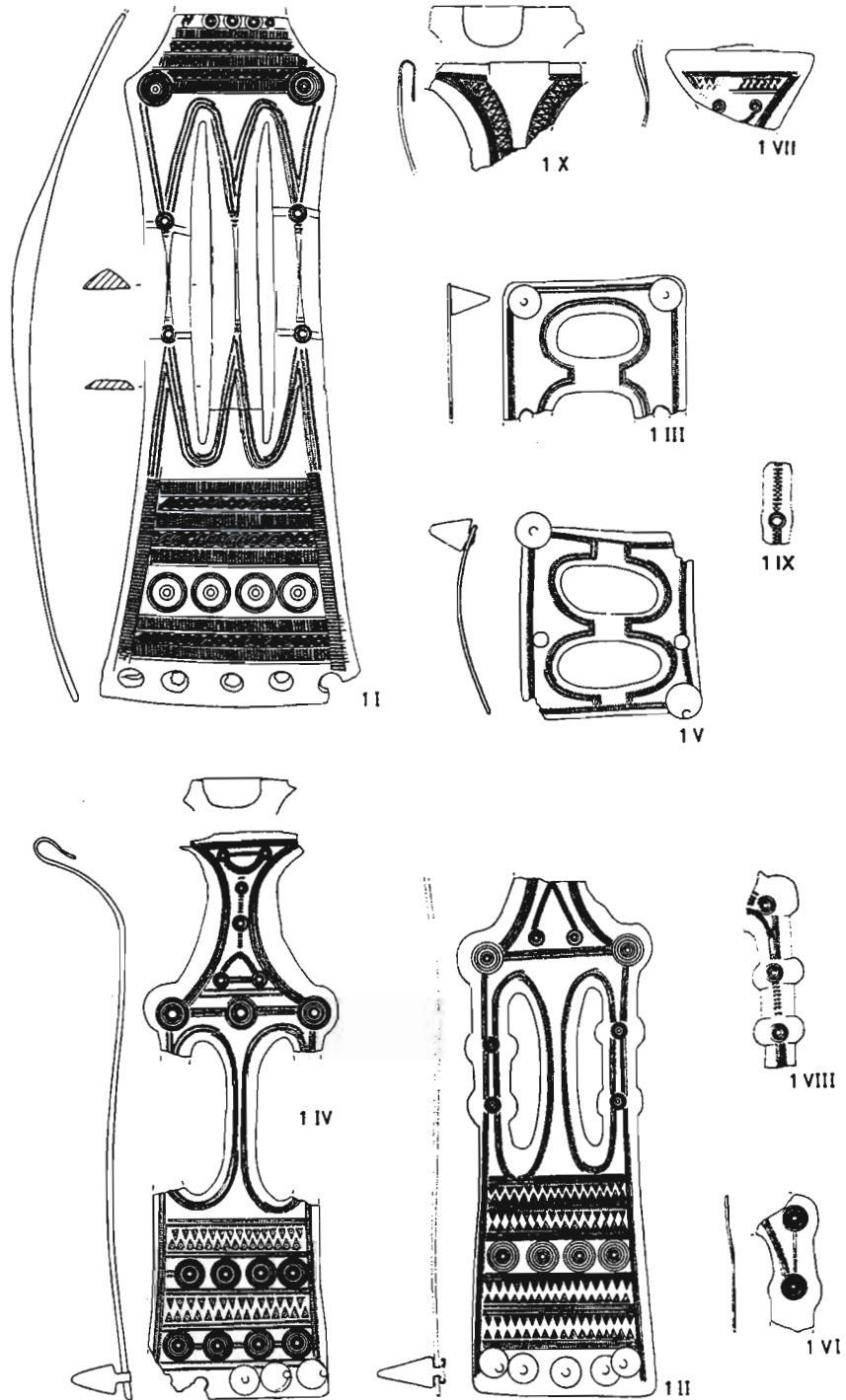


Fig. 1. Placas tipo Bureba de Padilla del Duero (1).

VII: (fig. 1). Fragmento distal de placa macho procedente del sector de excavación IIN, no asociada a tumba. Inédita.

VIII: (fig. 1). Fragmento de hombro y brazo derecho de placa macho, colección T. Madrazo. (Mañanes, 1983: lám. XXII).

IX: (fig. 1). Fragmento de brazo, de placa macho, colección T. Madrazo. Inédita.

X: (fig. 1). Fragmento distal de placa macho. Inédita.

2) *Palenzuela (Palencia)*: Hasta el momento solamente se ha recuperado en la necrópolis de Las Erijuelas una placa tipo Bureba, dentro de la tumba 12 (sector N45), asociada a metales miniaturizados (parrilla, tijeras y azadita) y cerámicas elaboradas a mano (Martín y Esparza, en prensa). Desconocemos las características específicas de la misma.

3) *Monte Bernorio (Palencia)*: De los trabajos efectuados por R. Moro a finales del siglo pasado en la necrópolis de Monte Bernorio, proceden los fragmentos de cinturón de tipo Bureba dados a conocer inicialmente por Cabré, a través de tres fragmentos de placa activa (Cabré, 1920: 11, fig. 2), y posteriormente por Schüle, quien además incorpora otros dos fragmentos de menor tamaño, correspondientes a ambas partes del juego de las placas (Schüle, 1969: lám. 163: 4, 5, 7, 8, 13, 14). Estos materiales estuvieron depositados en el Museo del Marqués de Comillas, pasando con posterioridad alguno de ellos (placas I y III) a la colección Fontaneda.

I: (fig. 2). Fragmento proximal de placa macho (Cabré, 1920: 11, fig. 2, en esta fotografía aparece en conexión con el fragmento III, reproduciéndose de manera independiente en Schüle, 1969: lám. 163-4).

II: (fig. 2). Fragmento distal y medio de placa macho, con lañas. (Cabré, 1920: 11, fig. 2; Schüle, 1969: lám. 163-5).

III: (fig. 2). Fragmento distal de placa macho. (Cabré, 1920: 11, fig. 2; Schüle, 1969: lám. 163-7).

IV: (fig. 2). Fragmento de placa hembra, con laña. (Schüle, 1969: lám. 163-8).

4) *Sasamón (Burgos)*: En 1958 ingresan en el Museo Arqueológico Nacional (expediente 1958-45), procedente de Sasamón, un fragmento de broche de tipo Bureba. Con posterioridad Gil Farrés (1963: 14-16) hace extensiva dicha procedencia a otros elementos: un puñal de tipo Monte Bernorio, dos fragmentos de umbo de escudo y una espada de antenas atrofiadas. La rareza de este último objeto en latitudes tan septentrionales nos llevó a consultar directamente el mencionado expediente, pudiendo comprobar que únicamente el broche de cinturón especificaba su lugar de origen, apareciendo el resto de los elementos, en unión de otros de cronología histórica, relacionados en el folio aparte, sin consignarse procedencia.

I: (fig. 2). Fragmento proximal de una placa activa (Gil, 1963: 15-16, fig. 9).

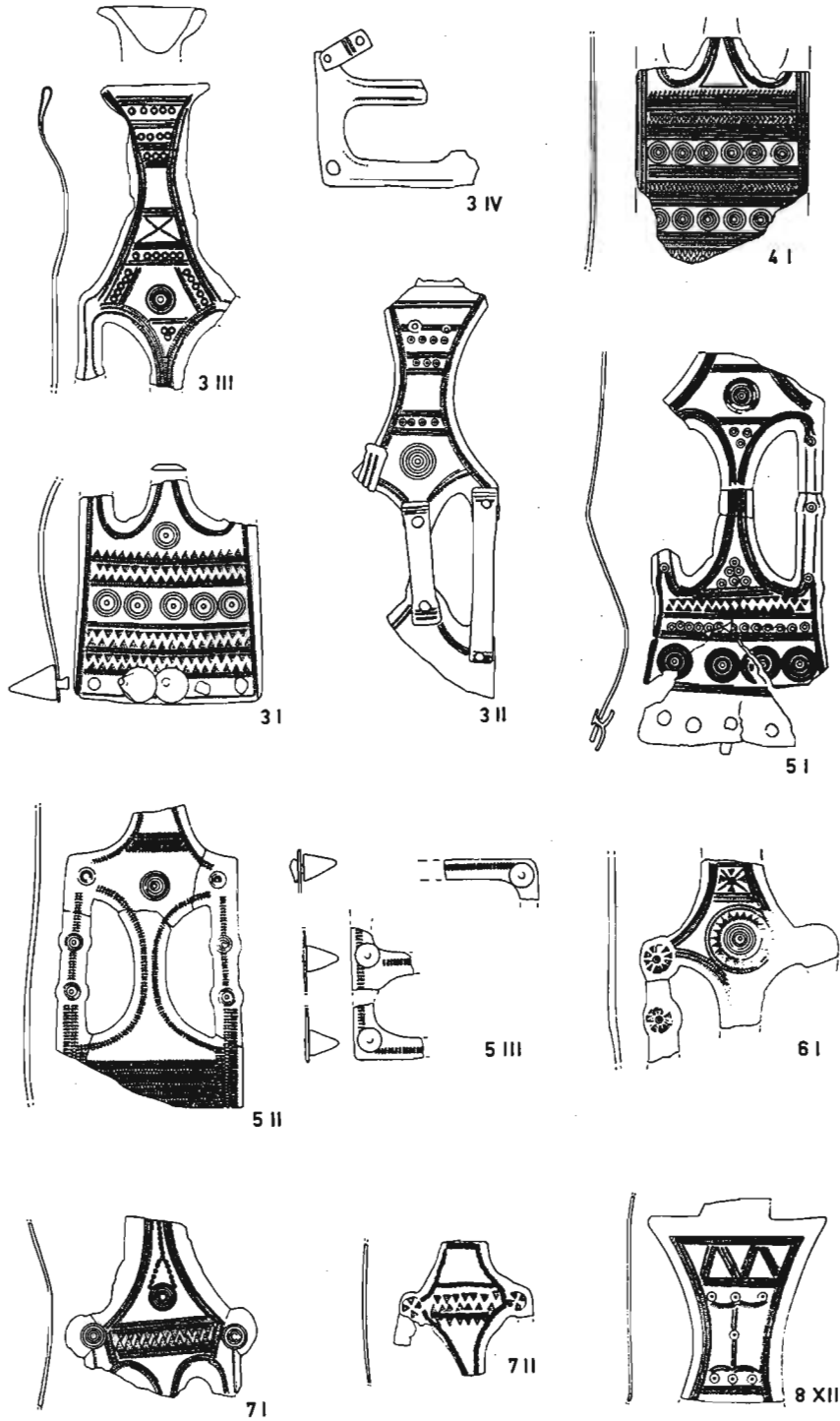


Fig. 2. Placas tipo Bureba de Monte Bernorio (3), Sasamón (4), Villamorón (5), Tardajos (6), Ubierna (7) y Soto de Bureba (8).

5) *Villamorón (Burgos)*: Tras el hallazgo inicial de unos bronce y hierros, realizado en 1923 por el entonces propietario de los terrenos en los que se ubica la necrópolis de Villamorón (Martínez Santa-Olalla, 1923), la Comisión Provincial de Monumentos de Burgos promueve unas excavaciones, al parecer sin la adecuada metodología (Martínez Santa-Olalla, 1923), que ante los escasos resultados obtenidos (Martínez Burgos, 1924: 223) no encuentran posterior proyección. Martínez Santa-Olalla proporciona en su manuscrito ocho piezas macho y tres fragmentos de hembra. Con posterioridad algunas de estas piezas pueden verse en estado más fragmentario (Martínez Burgos, 1935). Actualmente, en el Museo Arqueológico de Burgos sólo se encuentran las placas, I, II y III. La baja calidad de las fotografías incluidas en el citado manuscrito ha desaconsejado el calco de las piezas, por lo que únicamente recogemos en la figura correspondiente aquéllas que nos ha sido posible manejar de forma directa.

I: (fig. 2). Placa activa fragmentada por el extremo distal (Martínez Santa-Olalla, 1923: fig. 215; la misma pieza, faltándole ya uno de los brazos en Martínez Burgos, 1935: 20, 346; y mucho más fragmentaria en Schüle, 1969: lám. 157-1).

II: (fig. 2). Placa activa fragmentada por ambos extremos (Martínez Santa-Olalla, 1923: fig. 217; la misma pieza, una vez perdidos los brazos laterales del tramo medio en Martínez Burgos, 1935: 20, 376; y aún más deteriorada en Schüle, 1969: lám. 157-2).

III: (fig. 2). Tres fragmentos de placa durmiente (Martínez Santa-Olalla, 1923: fig. 223 a 225; Martínez Burgos, 1935: lám II, extremo inferior; Schüle, 1969: lám. 157-3, 4).

IV: Fragmento medio-distal de placa macho (Martínez Santa-Olalla, 1923: fig. 218; Martínez Burgos, 1935: lám. II, centro izda.).

V: Fragmento distal de una placa activa (Martínez Santa-Olalla, 1923: fig. 219; Martínez Burgos, 1935: lám. II, ángulo inferior izda.).

VI: Fragmento medio-proximal de una placa macho (Martínez Santa-Olalla, 1923: fig. 220).

VII: Fragmento de barra del tramo medio de una placa macho (Martínez Santa-Olalla, 1923: fig. 221).

VIII: Fragmento de barra del tramo medio de una placa macho (Martínez Santa-Olalla, 1923: fig. 222).

IX: Placa activa, fragmentada parcialmente por su zona proximal (Martínez Santa-Olalla, 1923: fig. 216).

6) *Tardajos (Burgos)*: Procedente de la ladera Sur de El Castro, se recogieron diversos fragmentos de cerámica celtibérica y una placa de tipo Bureba, que hacen sospechar la presencia en este lugar de la necrópolis.

I: (fig. 2). Fragmento medio-distal de placa activa (Abásolo y Ruiz, 1977: 49, fig. 10).

7) *Ubierna (Burgos)*: En las vitrinas del Museo Arqueológico Provincial de

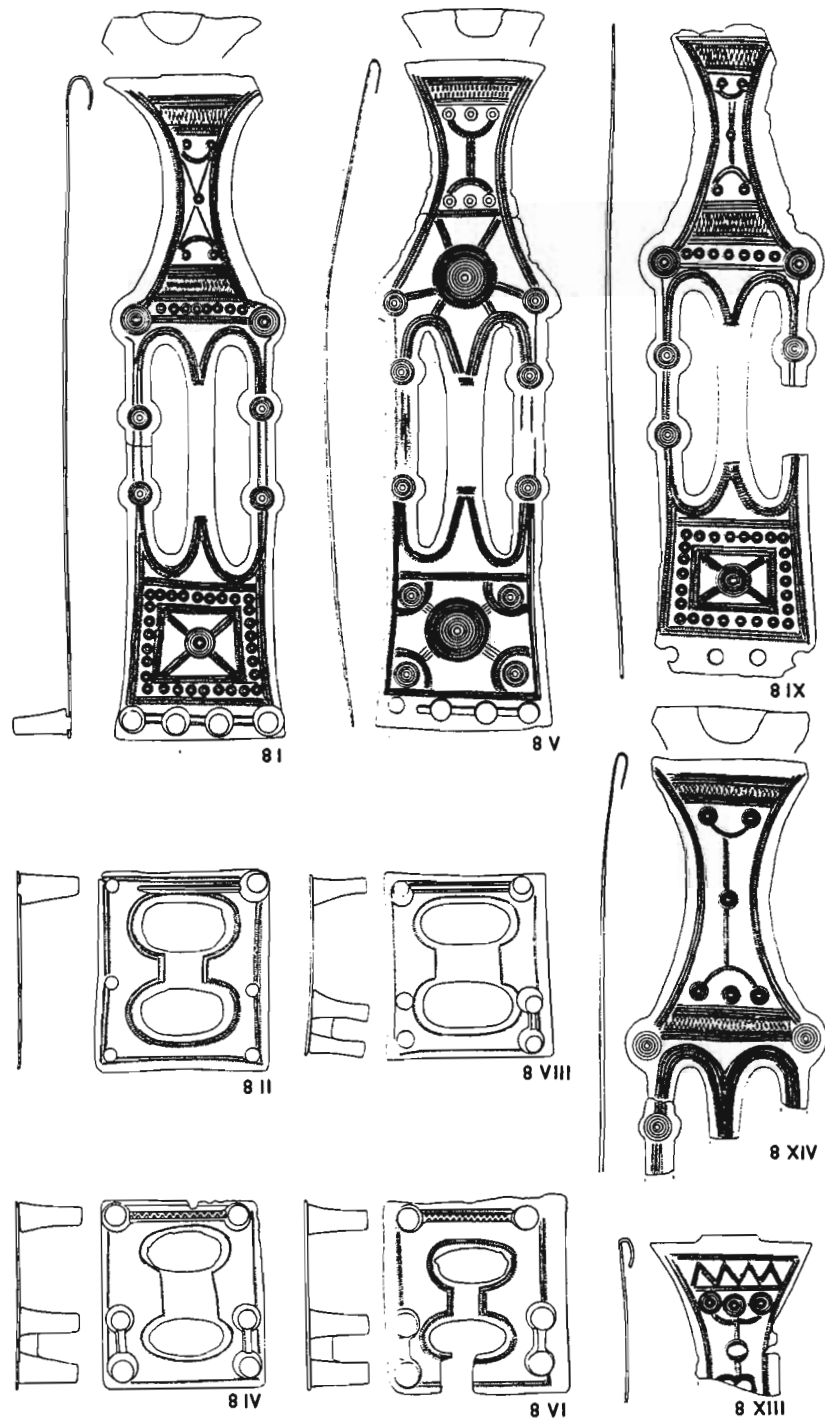


Fig. 3. Placas tipo Bureba de Soto de Bureba (8).

Burgos se pueden observar varios fragmentos de placas activas. Una referencia general a la existencia de este tipo en: Abásolo et alli, 1982: 25, o Sacristán y Ruiz, 1985: 196.

I: (fig. 2). Fragmento medio-distal de placa activa. Inédita.

II: (fig. 2). Fragmento medio-distal de placa activa. A destacar la decoración atípica que siluetea los perfiles de la pieza aparentemente realizada con una ruedecilla o similar, que suplanta a la habitual de línea de granete. Inédita.

8) *Soto de Bureba (Burgos)*: A finales de la segunda década del presente siglo, el P. Herrera Oria descubrió en posesión de una coleccionista de Briviesca, apodado el Pagaza, un lote de materiales bronceos constituido fundamentalmente por fíbulas y placas de cinturón, que había sido exhumado, en la primavera-verano de 1915 (Martínez Santa-Olalla, 1923), en Soto de Bureba por un agricultor de Quintanaélez (Herrera, 1921: 45). Nos interesa destacar la relación que este último autor hace de las placas de tipo Bureba: cinco activas y tres fragmentos más, así como seis placas hembras. La meticolosa descripción de dos de ellas (Herrera, 1921: 47-48) permite identificarlas sin ningún género de dudas con nuestras 8I y 8III, no así las restantes para las que no prodiga ningún comentario, a excepción de la referencia a la presencia de cinco orificios en el talón de una de las placas (Herrera, 1921: 46), dato morfológico que concuerda con el detentado por 8VII.

En una visita posterior de Cabré (1920: 33, nota 1) los materiales permanecían aún en manos del citado chamarilero de Briviesca. Sin embargo, poco tiempo después, en 1923, Martínez Santa-Olalla nos refiere que este lote se dispersó, conservándose alguno de los objetos en la colección de D. Darío Chicote de Valladolid. Describe brevemente las piezas 8I, 8III y 8XI, y una placa hembra indeterminada. Sus fotografías correspondientes aparecen arrancadas del manuscrito, conservándose sin embargo, las de algunas fíbulas y piezas identificables con algunas de las que actualmente se encuentran en el Museo Lázaro Galdiano. Por ello, tal vez cuando, poco después, Sentenach (1925: 5) nos refiere que el lote pasó a un conocido coleccionista de Madrid, debemos pensar en el publicista y jurisconsulto D. Lázaro Galdiano, como destinatario definitivo de las piezas. Cuatro años después de la muerte de éste, como consecuencia de la donación póstuma de su patrimonio artístico al Estado se inaugura el Museo madrileño que lleva su nombre. Precisamente en los trabajos de catalogación que anteceden a la apertura del mismo, E. Camps, ignorando ya el lugar de procedencia, cataloga y publica los broches de tipo Bureba existentes: seis placas más o menos completas, tres fragmentos distales de la parte activa, y cinco placas hembra, una menos, por tanto, de las originarias (Camps, 1952).

Parece, pues, más que probable que los broches expuestos en el Museo Lázaro Galdiano, provengan de Soto de Bureba, como recientemente se ha vuelto a recordar (Abásolo y Ruiz, 1979: 117).

Todas las piezas que relacionamos a continuación se encuentran en dicho Museo, incluidas las I, II y III, para las cuales Schüle (1969: lám. 158) suponía un probable depósito en el Museo Arqueológico Nacional. Pese a que no reviste ma-

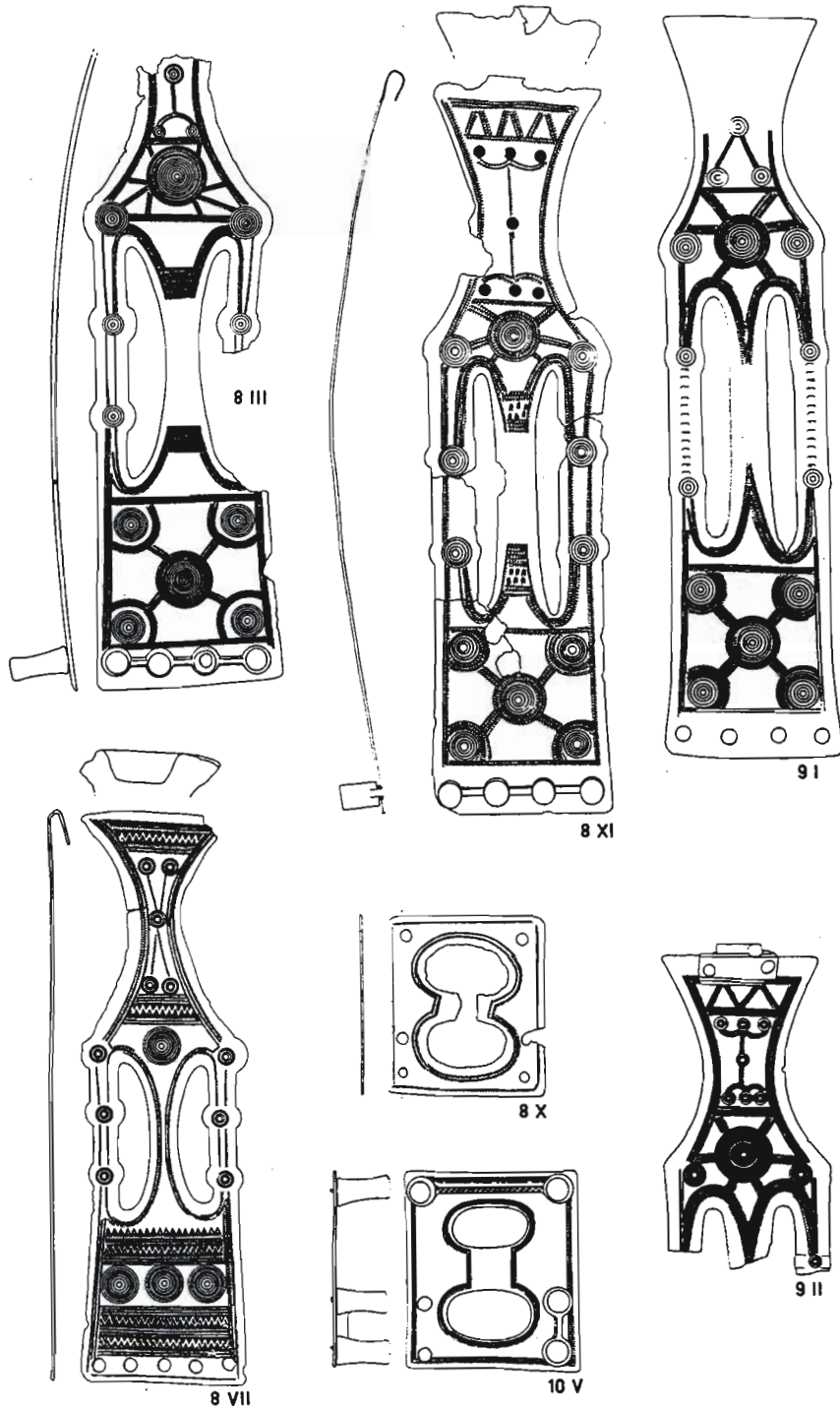


Fig. 4. Placas tipo Bureba de Soto de Bureba (8), Busto de Bureba (9) y Miravache (10).

por importancia, dada la homogeneidad del conjunto, conviene no obstante señalar que las asociaciones propuestas entre placas hembras y machos (Camps, 1952) es totalmente aleatoria, así como la vinculación de los remaches a cada una de las piezas en que aparecen actualmente, ya que éstos cuentan con núms. de inventario distintos a los de la placa y se hallan unidos mediante pegamento en todos los casos, no habiéndose conservado ninguno remachado al broche.

I: (fig. 3). Placa macho completa (Herrera, 1921: 47, fig. 1; Cabré y Cabré, 1933, lám. IX dcha.; Camps, 1952: fig. 2-1023; Schüle, 1969: lám. 158-6).

II: (fig. 3). Placa hembra complementaria de la anterior. (Camps, 1952: fig. 2-1024; Schüle, 1969: lám. 158-5).

III: (fig. 4). Placa activa fragmentada en extremo distal y uno de los brazos de la zona media (Cabré y Cabré, 1933: lám. IX izda.; Camps, 1952: fig. 2-1026; Schüle, 1969: lám. 158-4).

IV: (fig. 3). Placa hembra complementaria de la anterior (Camps, 1952: fig. 2-1025).

V: (fig. 3). Placa macho completa (Camps, 1952: fig. 3-1028).

VI: (fig. 3). Placa hembra complementaria de la anterior ligeramente fragmentada (Camps, 1952: fig. 3-1027).

VII: (fig. 4). Placa macho completa (Camps, 1952: fig. 3-1030).

VIII: (fig. 3). Placa hembra complementaria de la anterior (Camps, 1952: fig. 3-1029).

IX: (fig. 3). Placa macho, ligeramente fragmentada en garfio y uno de los brazos del tramo medio (Camps, 1952: fig. 4-1032).

X: (fig. 4). Placa pasiva, complementaria de la anterior (Camps, 1952: fig. 4-1038).

XI: (fig. 4). Placa macho fragmentada (Camps, 1952: fig. 4-1033).

XII: (fig. 2). Fragmento distal de placa activa (Camps, 1952: fig. 5-1034).

XIII: (fig. 3). Fragmento distal de placa macho (Camps, 1952, fig. 5-1035).

XIV: (fig. 3). Fragmento distal y medio de placa macho (Camps, 1952: fig. 5-1036).

9) *Busto de Bureba (Burgos)*: No nos ha sido posible acceder a las dos placas de tipo Bureba que con esta procedencia fueron dadas a conocer en un estudio de tecnología metálica (Rovira y Sanz, 1982). En el Museo Arqueológico Provincial de Burgos no consta referencia alguna. Así pues, la documentación gráfica se ha realizado a partir de las fotografías del citado trabajo, lo que ha impedido obtener secciones y algunos detalles decorativos sobre todo para la placa más entera.

I: (fig. 4). Placa macho completa (Rovira y Sanz, 1982: fig. 4 y 5, Bro. B2).

II: (fig. 4). Fragmento distal y medio de una placa activa (Rovira y Sanz, 1982: fig. 6, BroF-B3).

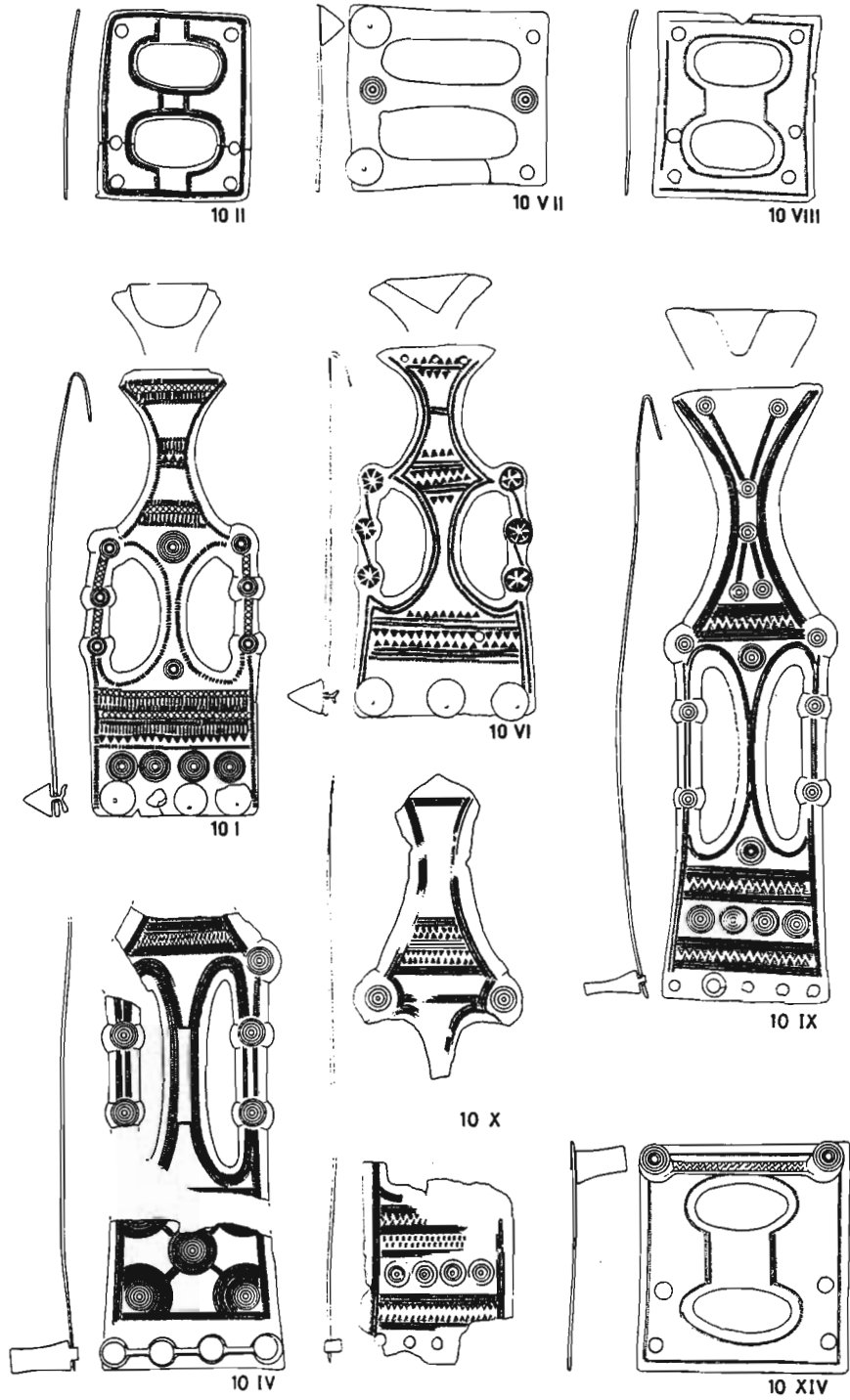


Fig. 5. Placas tipo Bureba de Miraveche (10).

10) *Miraveche (Burgos)*: De las veintiuna piezas conocidas, ocho machos y seis hembras proceden de las excavaciones efectuadas por Martínez Burgos y Monteverde en 1935, el resto de recogidas superficiales más recientes. Los resultados de las excavaciones arqueológicas se conocen parcialmente a través de Schüle (1969), quien cuestiona la veracidad de las asociaciones funerarias. En este sentido, resta credibilidad la presencia en una sola tumba, la 22, de tres juegos de placas, proporción aparentemente excesiva que encuentra correspondencia también en otro tipo de materiales como los puñales de tipo Monte Bernario de las Tumbas 36 ó 61. Las núms I, II, IV a XI y XIV a XX se encuentran en el Museo Arqueológico de Burgos; las núms. XII y XIII pertenecen a la colección Fontaneda por más que se incluyeran entre las adquisiciones del Museo Arqueológico de Burgos en 1941. Igual depósito corresponde a la pieza XXI; por último se desconoce el paradero de la núm. III, cuyo calco se realiza a partir del dibujo de Schüle.

I: (fig. 5). Placa macho corta, completa, tumba 22 (Cuadrado, 1960; fig. 9, 2-3; Schüle (1969: lám. 137: 1). El fragmento representado por Schüle (1969: lám. 137: 18), no localizado en nuestra consulta a los fondos del Museo de Burgos, probablemente correspondiera a la hembra de esta placa.

II: (fig. 5). Placa hembra tumba 22 (Schüle, 1969: lám. 137-2), tal vez complementaria de la núm. III.

III: (fig. 6). Placa macho completa, tumba 22 (Schüle, 1969: lám. 137-3). Aunque no se reflejara en el dibujo proporcionado por Schüle parece lógico pensar que los círculos concéntricos más externos del tramo proximal estuvieran realizados con técnica de *grenetti*, como sucede en el resto de los casos. Asimismo es posible que los dos pequeños círculos que aparecen en el borde distal en realidad respondieran a remaches resultantes de una reparación del garfio.

IV: (fig. 5). Placa activa, rota por el extremo distal, tumba 22 (Schüle, 1969: lám. 137-4, 5, 6).

V: (fig. 4). Placa hembra completa, tumba 22 (Schüle, 1969: lám. 137-7).

VI: (fig. 5). Placa macho corta, completa, tumba 36 (Schüle, 1969: lám. 140-16).

VII: (fig. 5). Placa hembra complementaria de la anterior (Schüle, 1969: lám. 140-17).

VIII: (fig. 5). Placa hembra completa, tumba 79 (Schüle, 1969: lám. 151-7).

IX: (fig. 5). Placa activa complementaria de la anterior (Schüle, 1969: lám. 151-8).

X: (fig. 5). Placa macho incompleta: dos fragmentos distal y proximal, tumba 79 (Schüle, 1969: lám. 151-9). Su mala conservación no impide comprobar la ausencia de decoración en el interior del tramo distal.

XI: (fig. 7). Placa activa completa, tumba 80 (Schüle, 1969: lám. 152-10).

XII: (fig. 6). Placa hembra completa (Martínez Burgos, 1941: lám. XVIII).

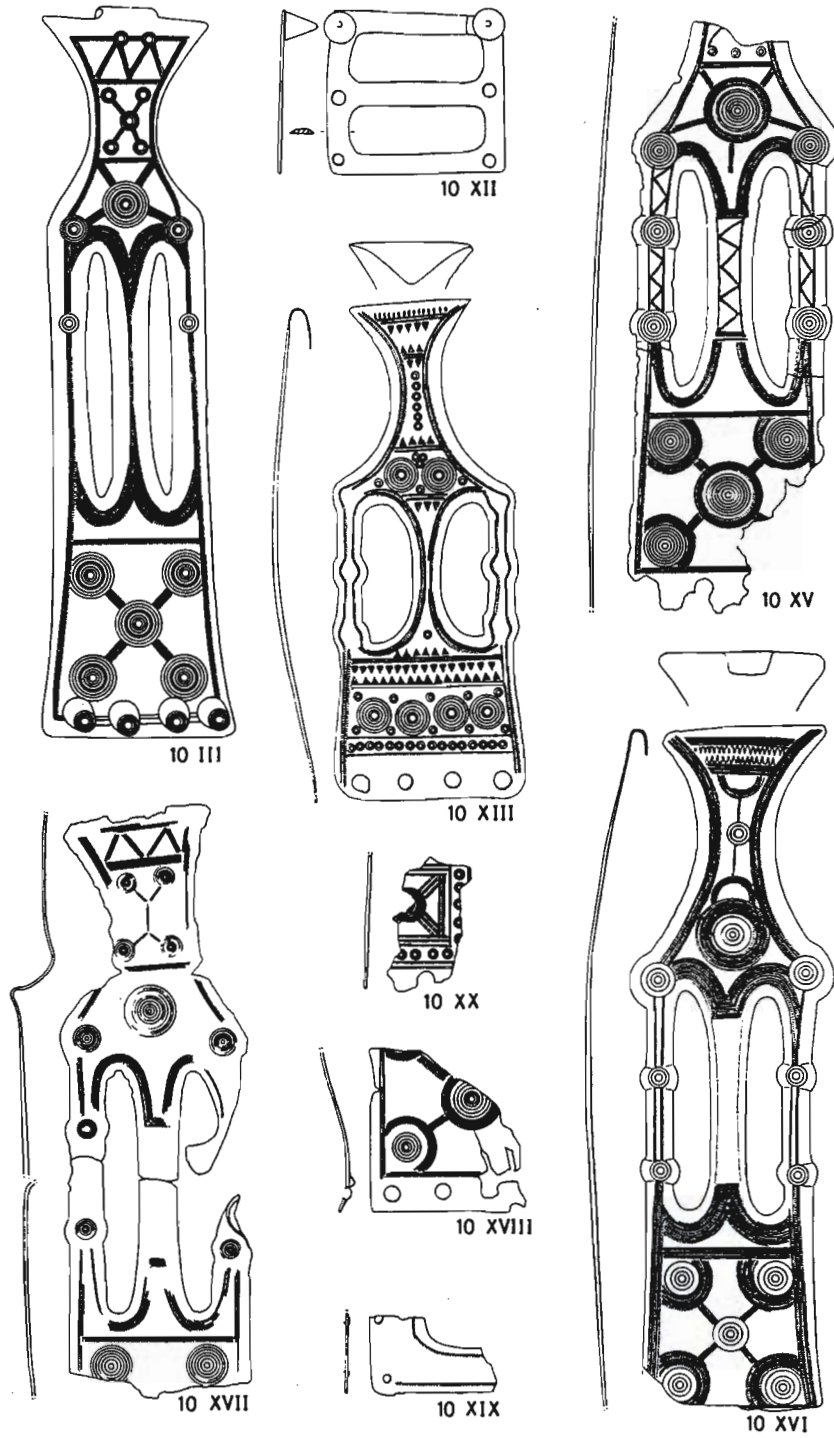


Fig. 6. Placas tipo Bureba de Miraveche (10).

XIII: (fig. 6). Placa activa corta, complementaria de la anterior (Martínez Burgos, 1941, lám. XVIII).

XIV: (fig. 5). Placa hembra completa (Schüle, 1969: lám. 147-26).

XV: (fig. 6). Placa activa fragmentada por ambos extremos. Inédita, donativo realizado en noviembre de 1970 por D. Carlos Tricio.

XVI: (fig. 6). Placa activa casi completa, carece únicamente del extremo de remachado del tramo proximal. Inédita.

XVII: (fig. 6). Placa activa doblada por su extremo distal y fragmentada por el proximal y brazo derecho. Superficie muy erosionada que apenas conserva la decoración. Inédita.

XVIII: (fig. 6). Fragmento proximal de una placa activa, mal conservada. Inédita.

XIX: (fig. 6). Fragmento de placa hembra. Inédita recogida en superficie en diciembre de 1970.

XX: (fig. 6). Fragmento distal de una placa macho. Inédita. Aparecía en una bolsa como correspondiente a la tumba 79, en unión de un broche alargado recogido por Schüle (1969: taf. 151: 10).

XXI: (fig. 7). Placa macho completa aunque fragmentada en tres piezas coincidentes con cada uno de los tramos que la integran. Inédita.

11) *Villanueva de Teba (Burgos)*. En esta necrópolis de espectaculares hallazgos bronceos apareció, entre multitud de placas rectangulares sin calados de tipología ibérica, una sola placa activa completa de tipo Bureba, conservada en el Museo Arqueológico de Burgos, cuyo conocimiento debemos a la amabilidad de D. J. I. Ruiz Vélez, quien nos indicó, asimismo, la posible existencia de alguna pieza más de estas características entre los materiales de las tumbas, pero en cualquier caso en proporción minoritaria con respecto al tipo rectangular.

I: (fig. 8). Placa activa completa. Inédita.

12) *Caranca (Alava)*. Una pieza procedente del castro de Lastra, depositada en el Museo de Arqueología de Alava.

I: (fig. 7). Fragmento distal de una placa activa (Sáenz, 1983: 130).

13) *Cambo, (Pyrénées Atlantiques, Francia)*. Una placa macho completa procedente de Camp César, recogida superficialmente. Museo de Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye.

I: (fig. 8). Placa macho completa, con extremo distal sensiblemente diferente a lo habitual en estas piezas (Mohen, 1972: 29-34; 1980: 212, pl. 117).

14) *Almaluez*: De la tumba 305 de la necrópolis soriana de Almaluez proviene un juego completo macho-hembra, depositado en el M.A.N. con n.º de inventario Alm. 305/340 y 341, habiendo sido interpretada su presencia en esta necrópolis como error de ordenación moderna (Domingo, 1982: 255). En el dibujo que presentamos incorporamos un fragmento del brazo izquierdo del broche no recogido con anterioridad.

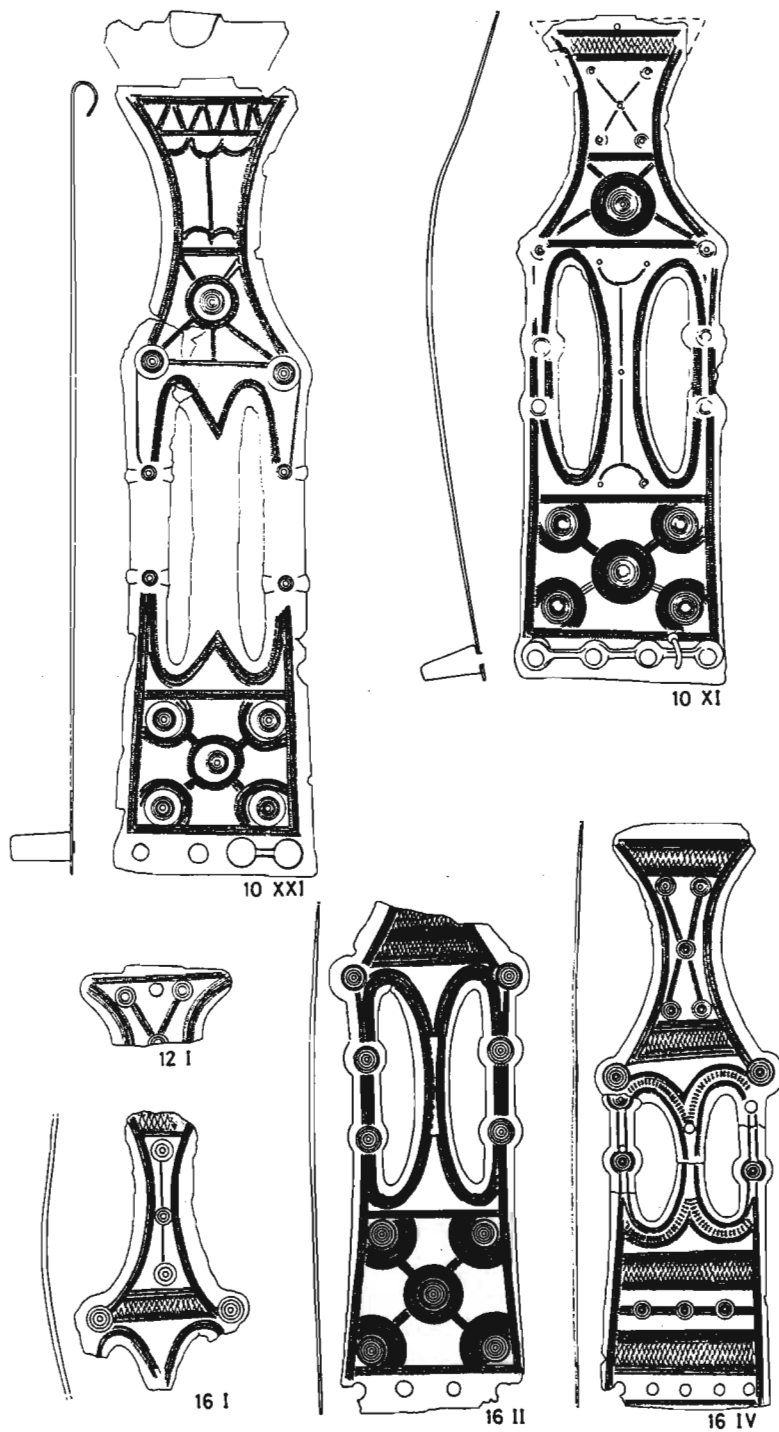


Fig. 7. Placas tipo Bureba de Miraveche (10), Caranca (12) y procedencia desconocida (16).

I: (fig. 8): Placa macho fragmentada por el garfio y brazo izquierdo, carece de dos de los tres remaches del borde proximal (Domingo, 1982: 2561, fig. 6: 7).

II: (fig. 8): Placa hembra complementaria de la anterior, fragmentada en uno de los extremos. (Domingo, 1982: 256, fig. 6: 7).

15) *La Revilla*: De esta necrópolis soriana se conoce una placa sin contexto o circunstancias de aparición precisadas.

I: (fig. 8): Placa macho fragmentada por el extremo distal y brazos, en la que se observan signos de reparaciones de época. (Ortego, 1985: 133).

16) *Sin procedencia conocida, probablemente provincia de Burgos*. Las cuatro piezas señaladas en primer lugar parece probable que provengan de Miraveche ya que Cabré (1931: lám. VI) reproduce fotográficamente una de ellas (16II) junto a materiales que constituyeron motivo de una publicación precedente (Cabré, 1916), figurando todos ellos como descubiertos en Miraveche. Serían, pues, hallazgos previos a las excavaciones de Martínez Burgos y Monteverde, que ingresaron, por circunstancias que desconocemos, en el Museo Arqueológico de Barcelona. El juego V y VI pertenece a la colección Pérez Aguilar (Alvarez, Cebolla y Blanco, 1990), a partir de cuya documentación gráfica hemos realizado nuestros calcos.

I: (fig. 7). Fragmento distal de placa macho (Schüle, 1969: lám. 158, 1). N.º Inv. 25555.

II: (fig. 7). Placa macho rota por el extremo distal (Schüle, 1969: lám. 158-2). N.º Inv. 25557.

III: (fig. 8). Placa hembra completa (Schüle, 1969: lám. 158-7). N.º Inv. 25554.

IV: (fig. 7). Placa activa fragmentada y restaurada de antiguo (Schüle, 1969: lám. 158-8). N.º Inv. 25553.

V: (fig. 8). Placa activa completa (Alvarez, Cebolla y Blanco, 1990: 295, fig. 25).

VI: (fig. 8). Placa hembra complementaria de la anterior (Alvarez, Cebolla y Blanco, 1990: 295, fig. 25).

TIPOLOGIA

Un sucinto repaso al inventario que antecede, y más específicamente al cuadro sinóptico de la fig. 9, permite observar cómo bajo la denominación «tipo Bureba» subyacen matices variados, tanto estructurales como decorativos, que probablemente respondan a una dispar naturaleza de base cronológica, funcional o incluso geográfica. Precisamente a dirimir estos contenidos implícitos dedicaremos nuestra atención, y para ello, como cuestión previa, se hace necesaria la exposición de los tipos y variantes que hemos creído conveniente establecer (fig. 10).

Basándonos en la posible funcionalidad de estas placas cabría distinguir ini-

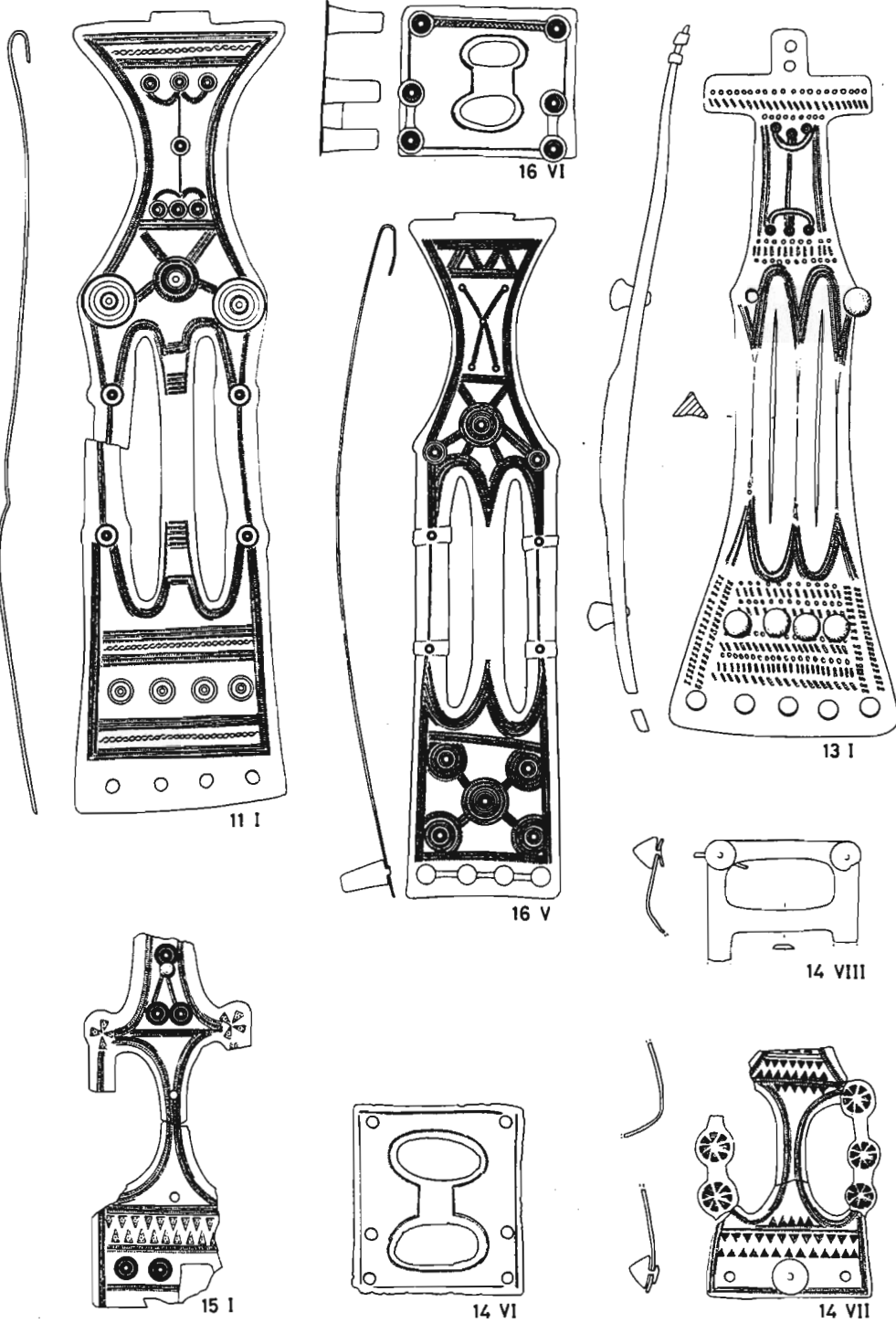


Fig. 8. Placas tipo Bureba de Villanueva de Teba (11), Cambo (13), Almaluez (14) y La Revilla (15).

cialmente dos grandes tipos: uno mayoritario constituido por pareja de piezas complementarias, machihembradas, de carácter dinámico (tipo I), y otro, realmente excepcional, integrado por placas únicas y estáticas (tipo II). Mientras para las primeras el uso parece estar en relación directa con la vestimenta hermana como broches de cinturón, desconocemos en absoluto la función que desempeñaría el tipo II, si bien la configuración del extremo distal, no en gancho sino en forma de una estrecha lengüeta provista de varios remaches, ilustra debidamente la posición fija a una correa o similar que detentarían estas placas.

Dentro del mayoritario tipo I, el progresivo alargamiento de las placas, combinado con la implantación de diversos estilos decorativos y modificaciones estructurales (n.º de perforaciones en extremos proximal, tipos de remaches, etc.) permiten distinguir con carácter seriativo al menos tres variantes (IA, IB y IC) con reflejo igualmente en las placas hembras. Con todo, desde un punto de vista tipológico, dentro de cada serie cabe vislumbrar piezas híbridas o con mixturas que en alguna medida expresan un proceso continuo de evolución estética y formal desde su génesis a su suplantación por modelos ibéricos. Llama la atención asimismo que a pesar de que algunas placas salgan del mismo molde (caso de 8I y 8IX o 10IV y 14II), las decoraciones no se repitan jamás (únicamente cabe esta posibilidad en 10IV y 14II, rotas por el extremo distal, a no ser que las diferencias se produjeran en esta zona como ocurre con las piezas 8I y 8XI por lo demás en todos iguales).

Tipo I

Cuantitativamente representa el 95,5% de todo el conjunto. No obstante, la consideración del parámetro longitud permite discriminar inicialmente una serie de piezas de escasas dimensiones —entre 170 y 130 mm.— que denominaremos *variante IA*, con una representación del 22,2%, dentro de la cual hemos incluido tres placas miravechianas completas (10I, 10VI y 10XIII), otra de Almaluez (14I) y tal vez otras fragmentadas de Monte Bernorio (3II), Villamorón (5II), Tardajos (6I) y Ubierna (7II). El fragmento de brazo 11X de Padilla por su reducido tamaño y paralelismo ornamental con la placa 10I tal vez pudiera vincularse también a esta fase.

Tipológicamente la filiación de estos especímenes con los broches célticos de un solo garfio parece clara, y como ya señalara Schüle (1969: 135) constituirían un paso intermedio entre dichos broches y los típicamente burebanos (nuestras variantes IB y IC).

Efectivamente somos de la opinión de que tales ejemplares representan una primera y aún tímida transformación de las placas célticas en favor de nuevos productos presididos por desmesuradas proporciones y abigarrado ornato. Hablamos de cambio tímido porque ciertamente las conexiones con sus predecesores son aún numerosas. Como tales debemos interpretar, aparte de sus dimensiones, el reducido número de perforaciones presentes en el extremo proximal, tres en las placas 10VI y 14I y cuatro en 10I y 10XIII, número aquél predominante entre los broches célticos. Igualmente el empleo de remaches de cabeza cónica para la sujeción de la placa a la correa en 10VI, 10I y 14I así como en las placas hembras a ellas asociadas,

TIPO	I A														I B														I C														I INDET.																																																																																																																																																								
	31	32	33	34	35	36	37	38	39	40	41	42	43	44	45	46	47	48	49	50	51	52	53	54	55	56	57	58	59	60	61	62	63	64	65	66	67	68	69	70	71	72	73	74	75	76	77	78	79	80	81	82	83	84	85	86	87	88	89	90	91	92	93	94	95	96	97	98	99	100	101	102	103	104	105	106	107	108	109	110	111	112	113	114	115	116	117	118	119	120	121	122	123	124	125	126	127	128	129	130	131	132	133	134	135	136	137	138	139	140	141	142	143	144	145	146	147	148	149	150	151	152	153	154	155	156	157	158	159	160	161	162	163	164	165	166	167	168	169	170	171	172	173	174	175	176	177	178	179	180	181	182	183	184	185	186	187	188	189	190	191	192	193	194	195	196	197	198	199	200																									
PLACAS																																																																																																																																																																																																			
MEDIDAS																																																																																																																																																																																																			
LONGITUD (cm.)																																																																																																																																																																																																			
ANCHURA (mm.)																																																																																																																																																																																																			
GROSOR (mm.)																																																																																																																																																																																																			
CALADO (mm.)																																																																																																																																																																																																			
CONSERVACION																																																																																																																																																																																																			
ASOCIACION A PLACAS HEMBRA DE TIPO																																																																																																																																																																																																			
Nº PERFORACIONES EN EXTREMO PROXIMAL																																																																																																																																																																																																			
LENGÜETA																																																																																																																																																																																																			
BOTONES DE REMACHADO																																																																																																																																																																																																			
PERFIL LONGITUDINAL																																																																																																																																																																																																			
SECCION TRAMO MEDIO																																																																																																																																																																																																			
REPARACION ANTIGUA																																																																																																																																																																																																			
COMPOSICION TRAMOS MEDIO																																																																																																																																																																																																			
MOTIVOS DECORATIVOS																																																																																																																																																																																																			
RELLENO FRISO																																																																																																																																																																																																			

Fig. 9. Cuadro sinóptico de los caracteres morfológicos y decorativos que definen los tipos y variantes de las placas Bureba. Los puntos huecos indican un carácter muy probable no confirmado.

10VII, 10XII, 14II sugiere cierto arcaísmo que no dudamos en relacionar con los botones de idéntica hechura que irían a juego en la vestimenta (ambos elementos confluyen por ejemplo en la tumba 36 de Miraveche: Schüle: 1969, lám. 140: 11-15); en cualquier caso parecen ser previos a los troncocónicos u hocicados, a veces unidos por un «murete», representados abundantemente en IC, y más aún a los conformados por diversas molduras o de tipo peoncillo, caso de los implantados en las placas tipo Villanueva de Teba (véase Abásolo et alii, 1982: 26, o los que detenta la placa soriana de Utero: García Soto, Rovira y Sanz, 1982: 222, fig. 2).

Por otro lado, la configuración del garfio de enganche resulta igualmente atávica, ya que el doblez de la chapa que lo genera apenas queda destacado en el borde distal, al tiempo que posee preferentemente un trazado triangular, contrariamente a como sucederá en IC, donde el gancho, en líneas generales, se conforma a partir de una lengüeta central destacada y trapezoide.

En igual dirección apunta el simplificado ornato de composición exclusivamente frisada, distribuido tanto en el extremo proximal como particularmente en el distal, donde, a excepción de la placa soriana 15I, no encontramos el característico antropomorfo de IB o IC y, por el contrario, la composición rememora poderosamente los esquemas de las placas célticas, incluyendo asimismo un círculo central en el tránsito de los tramos distal/medio (compárese por ejemplo con algunos broches de uno e incluso de tres garfios, en Cerdeño, 1978: figs. 10-11).

Si pasamos a valorar el tipo y número de matrices presentes en la decoración de las placas de la serie IA podemos observar ciertos datos de interés. En primer lugar parece rastrearse una diversidad de tendencias en función del grado de complicación ornamental. Mientras algunas placas (10VI o 14VII) manifiestan una clara austeridad de medios al concurrir en ellas únicamente dos tipos de matrices (de par de granetes y de triángulos rellenos de perlas), otras (10I, 5II o sobre todo 10XIII) ofrecen una mayor variedad introduciendo de cuatro a seis matrices distintas. Estas diferencias posiblemente están informándonos más que de preferencias estéticas o de diversidad de talleres, de evolución temporal ya que la simplicidad de las primeras encuentra igualmente correspondencia en sus hembras complementarias como veremos seguidamente.

Por otro lado, parece posible señalar también que el papel de marco decorativo detentado en general por las líneas de granillos (obtenidas a partir de la aplicación sucesiva de la matriz de par de granetes, según el procedimiento indicado por Sanz, Rovira y Fraile, 1978: 27: «utilizando como guía el último granillo de la aplicación precedente», lo que se observa perfectamente por ejemplo en la placa 10XIII al superponerse parcialmente alguno de los granetes) no posee pleno desarrollo en la serie IA. Efectivamente no resulta infrecuente en este grupo inicial encontrarnos con dichas matrices de dos granetes utilizadas de manera independiente, formando frisos (y no separándolos) o recorriendo el perímetro de los calados (5II, 10I) o incluso cediendo su papel silueteador a otras técnicas como la aplicada en 7II.

Asimismo, un curioso sistema de ornamentación constituido por triángulos rellenos de perlas enfrentados por el vértice en disposición circular, empleado para decorar los nudos de los brazos centrales —donde habitualmente figuran los círculos concéntricos— parece prodigarse exclusivamente entre las placas IA, como puede observarse en 6I, 7II, 10VI, 14I y 15I.

Finalmente las matrices triangulares rellenas con multitud de perlas (habitualmente diez, en casos extremos como la placa 14I hasta quince) parecen por el momento exclusivas de la variante IA (véase cuadro de la fig. 9). A nivel decorativo y con carácter general podríamos concluir señalando para IA el predominio de las composiciones de tipo frisado en sus tramos proximal y distal, así como la preferencia por matrices triangulares frente a las circulares que adquirirán mayor protagonismo en fases subsiguientes.

En cualquier caso significativa como ninguna otra nos parece la correspondencia de la variante que tratamos con unas placas hembras específicas, de clara inspiración en homólogas célticas (compárese por ejemplo con Cerdeño, 1978: fig. 10: 6-7). Tal asociación se produce con seguridad en tres casos: 10VI, 10XIII y 14I con 10VII, 10XII y 14II respectivamente, pareciendo muy probable en otros tantos: la vinculación de 3II y 3V se postula, o más propiamente se intuye ante la restauración de época a que ambas fueron sometidas, pudiéndose sospechar la rotura como fruto de un suceso común cuando formaban parte de un único cinturón; por su parte la placa 10I aparecía en la tumba 22 junto a un fragmento de la placa hembra (Schüle, 1969: 137, 18) tipológicamente más apropiada que la placa propuesta como correspondiente (10II); y finalmente, la placa hembra 5III es la única de esta naturaleza aparecida en Villamorón donde exclusivamente hacen acto de presencia piezas de tipo IA o en estado de hibridación hacia IB.

Estructuralmente estas hembras se caracterizan por detentar unos grandes calados rectangulares de esquinas redondeadas cuyo eje longitudinal discurre paralelamente a los lados largos de la placa, contrariamente a como se disponen los propios de los tipos IB y IC. Asimismo su pobreza decorativa resulta manifiesta frente a las más evolucionadas: únicamente la placa 5III posee una orla perimetral de matriz de dos granetes aplicada de forma independiente, es decir, sin formar línea de granetes, de manera idéntica a la zona de calados de la placa activa 5II. Aunque la placa 10VII posee también dos círculos concéntricos en los extremos del brazo central, ese detalle permite una lectura más interesante desde un punto de vista morfológico. Efectivamente cabe plantear una hipotética evolución si atendemos al número de orificios de remache presentes en estas hembras y a sus secciones. Partiendo de placas como 10VII o 14II con cuatro orificios distribuidos en cada una de las esquinas y con secciones laminares (recuérdese que sus placas complementarias 10VI y 14I son las que inspiran mayor arcaísmo), probablemente en un momento ligeramente más avanzado se incorporan dos nuevos orificios de remache precisamente en el lugar preciso donde aparecían indicados por círculos concéntricos en la placa 10VII, al tiempo que adquieren las características secciones trapezoidales (placas 5III, 10XII y probablemente también 3II) para finalmente desplazarse esos dos orificios hacia uno de los extremos en las placas de las variantes IB y IC.

No obstante, pese al arcaísmo manifestado en las placas IA, ciertos aspectos novedosos proporcionan a estos ejemplares carta de naturaleza entre las producciones burebanas. Quizás, en este sentido, el mejor distintivo sea la incorporación de un nudo más en ambos brazos externos del tramo medio, contabilizando en total seis, lo que unido a un general desarrollo longitudinal de los restantes tramos confiere a las placas mayor esbeltez, si bien es precisamente en esta zona media donde

mejor se acusa la evolución (compárese en la fig. 9 para los diversos tipos los valores de la longitud en la zona de calados). Conviene, no obstante, matizar que dicho desarrollo pese a deparar mayor fragilidad a la pieza, tampoco debió de significar continuos problemas de roturas —y desde luego no localizados en la zona media de calados, donde la pieza como contrapartida adquiere su mayor grosor— como a menudo se ha enfatizado (Cabré y Cabré, 1933: 43; Camps, 1952: 358; Wattenberg, 1957: 54), ya que dejando a un lado las cuidadosas reparaciones de las piezas palentinas (3II y 3IV), soriana (15I) y del Museo Arqueológico de Barcelona (16IV), los arreglos de época —únicos testimonios directos de la rotura predeposicional al yacimiento— suelen ceñirse sobre todo a la zona activa por excelencia: el garfio, donde junto con el extremo proximal el grosor de la pieza adquiere valores mínimos (así ocurre en las placas 1VII, 3II, 9II, 10III, 10XVI, 12I y 15I).

El siguiente paso evolutivo vendría dado por la *variante IB*, en la que algunas piezas de Monte Bernorio (3I y 3III) o Villamorón (5I) posiblemente representen un momento de transición por la aparente mixtura de caracteres con IA, aunque difícil de matizar debido a la fragmentariedad de las mismas. El resto de las piezas procedentes de Padilla (1II, 1IV), Sasamón (4I), Ubierna (7I), Soto de Bureba (8VII) y Miraveche (10IX, 10X y probablemente también con este origen 16IV) definen con mayor claridad el nuevo estadio evolutivo, alcanzando una representación del 24,5% sobre el total de las piezas.

El incremento de la longitud de las placas Bureba, carácter-guía del desarrollo de estos peculiares productos, proporciona para las placas macho de IB valores comprendidos entre 200 y 220 mm.

Otros caracteres estructurales permiten definir la serie IB: la presencia de cinco orificios de remachado en el borde proximal, así como el empleo de remaches de cabeza cónica (1II, 1IV y 3I) dentro de la tradición de la serie IA, u hocicada (10IX) pero sin aparecer aún unidos por muretes fundidos formando una sola pieza como ocurrirá en IC.

Por lo que respecta a las placas hembras asociadas a este conjunto como ya señalamos *supra*, los calados se reducen de tamaño y adquieren forma oval, disponiéndose su eje longitudinal de forma inversa a las hembras de IA, es decir, paralelamente a los laterales menores de la placa. Asimismo se incluyen seis remaches de sujeción al cinto con una característica distribución: cuatro en una mitad, agrupados dos a dos en ambos extremos del calado, y los dos restantes en cada una de las esquinas del lado contrario. La decoración hace ya acto de presencia, siendo frecuente el desarrollo de una línea doble o triple de granete que recorre todo el perímetro de la pieza, interrumpiéndose frecuentemente en la barra central de enganche. Las únicas placas hembras que han conservado sus remaches y en clara asociación a sus machos (1II y 1IV) permiten comprobar una vez más la utilización de los de cabeza cónica como herencia de IA. La concepción de estas hembras sería, en definitiva, una trasposición de la zona media de las placas macho, invitándonos a pensar que tanto la decoración como los calados o los seis remaches de sujeción —clara réplica de los seis nudos de los brazos laterales de las placas macho— apuntan a conseguir un alto grado de complementariedad, no sólo funcional sino también estético.

Los cambios para las placas activas se operan también en el ámbito de las decoraciones, quizás incluso de forma más ostensible que a nivel morfológico.

En el extremo distal de IB nos encontramos ahora con lo que Mohen considera un motivo antropomorfo itifálico en actitud orante (Mohen, 1974: 31), presente también en la serie IC y en el tipo II. Sin negar esta posible interpretación cabe apuntar su parecido con algunas representaciones animalísticas de la metalistería meseteña que parecen utilizar la llamada «perspectiva cenital», si bien no constituyen las típicas de esta técnica (recogidas en Romero y Sanz, en prensa), sino otras secundarias presentes en dos fíbulas del Instituto Valencia de Don Juan y Museo Arqueológico de Barcelona (Schüle, 1969, 172: 32-33). Sea cual fuere la interpretación de este motivo, lo cierto es que la placa de Cambo no es la única del grupo Bureba que le detenta (Mohen, 1974: 31) y como tales creemos deben interpretarse igualmente las diversas variaciones que ofrece esta iconografía. Por otro lado, el motivo aparece en IB enmarcado por líneas de granete (1II, 1IV) o más frecuentemente por frisos de triángulos rellenos de perlas enfrentados que dejan espacio liso central zigzagueante (7I, 8VII, 10IX, 16V, 16I?, 1VI?). Finalmente bajo ese motivo principal, en ocasiones hace acto de presencia un círculo concéntrico sencillo similar al descrito para IA (1IV, 8VII y 10IX).

En el tramo medio la decoración se reduce a varias líneas de granete que perfilan los brazos, de manera continua en el central e interrumpida en los nudos de los laterales por matriz de círculos concéntricos que a partir de este momento aparecerá asociada a los mismos de forma indisoluble.

Finalmente en el extremo proximal vemos desarrollarse una composición frisada dependiente de IA, pero diferenciada de ella por su mayor envergadura y por el aumento de los círculos concéntricos frente a las matrices triangulares. El esquema habitual combina de forma alternante uno o dos frisos de triángulos estampados rellenos de seis perlas (matriz por el momento casi exclusiva de la variante IB, ya que únicamente aparece en otra placa, la 7II, de la serie IA) enfrentados que crean un espacio central liso zigzagueante, con otro de serie de círculos concéntricos, apareciendo separados por varias líneas de granete que vienen a cumplir aquí una función muy similar a la que las bandas de peine inciso operan en la decoración de las cerámicas a peine características sobre todo del Sur del Duero. La variedad de dichos círculos concéntricos queda expresada en la fig. 9, oscilando su número entre dos y diez, si bien se puede hablar en el seno de IB de cierta tendencia a usar sobre todo estampillas de cuatro círculos concéntricos (así ocurre en 1II, 1IV, 4I, 8VII, 10IX y 14IV).

Y llegamos finalmente a la *variante IC*, que con 22 placas (48,8% del total) representa el momento de máxima expansión del broche, al tiempo que su declinar y aparente proceso de involución según se desprende de su restrictiva distribución cartográfica. En este grupo cabe destacar igualmente algunas piezas de Soto de Bureba (8I, 8IX y 8XIV) o Miraveche (10XX) con un papel de nexo entre las series IB y IC, mientras que otras placas de Soto de Bureba (8III, 8V, 8XI y 8XIII), Busto de Bureba (9I y 9II), Miraveche (10III, 10IV, 10XI, 10XV a 10XVIII y 10XXI), Villanueva de Teba (11I) y de procedencia desconocida (16II y 16V, tal vez de Mi-

raveche la primera) proporcionan las mejores bases de caracterización para el grupo IC.

La longitud de los broches adquiere en esta serie los máximos valores del tipo, situándose entre 230 y 290 mm. Este espectacular aumento expresado igualmente en la longitud de los calados del tramo medio (fig. 9), parece determinar de alguna manera la tendencia a incurvar ligeramente las placas tal y como vemos sucede en 8III, 8V, 8XI, 10XI, 10XVI o 16V.

El número de perforaciones presentes en el borde proximal de la pieza también sufre variaciones ya que de los cinco de IB se pasa a cuatro de IC. Basándonos en este carácter podría postularse una línea de evolución tipológica distinta a la propuesta, ya que en principio parecería más lógico pensar que los cuatro orificios de algunas placas asimiladas a IA concuerdan perfectamente con las detentadas por IC. Sin embargo, este no es más que un rasgo entre los predominantemente evolucionados de IC. Así por ejemplo, dichos orificios dan albergue a un remache cuyas cabezas troncocónicas y horticadas aparecen unidas por un murete fundido, de manera que constituyen una única pieza de bronce en cuyas cabezas se embute, como en remaches de series anteriores, la grapa de hierro que servirá de fijación. En ocasiones el plano superior de estos remaches y del murete que les une pueden aparecer decorados mediante círculos concéntricos (10XIV o 16VI) o zig-zag (8IV, 8VI, 10V o 16VI), respectivamente.

Esta particular tipología de los remaches de sujeción tiene su equivalencia en las placas hembras de IC, las cuales salvo por este detalle en nada se diferencian de las de la fase previa. Conviene señalar, como ya lo hiciera Camps (1952: 357) que la presencia de estos remaches unidos dos a dos por un murete fundido implicará ciertos problemas técnicos, inhabilitando para su uso una de las posiciones de enganche.

Un último detalle estructural: aunque en algunas piezas de IA (10I) o IB (2V y 8VII) observábamos ya cierto resalte del garfio (resultante de efectuar el doblez no a ras del borde distal sino ligeramente más al exterior, lo que determina una pequeña lengüeta centrada), este rasgo parece generalizarse con la serie IC (8I, 8V, 8XI a 8XIII, 9II, 10III, 10XI, 10XVII, 10XXI, 11I y 16V), probablemente por influencia de las llamadas placas ibéricas que comienzan ahora a entrar en competencia con el tipo burebano.

Centrándonos en los aspectos decorativos comprobamos cómo en el tramo distal el motivo antropomorfo sigue ocupando el mismo espacio que en la serie IB, sin embargo no aparece ya —salvo en ciertas placas de carácter híbrido (8I, 8IX, 8XIV y 10XX)— enmarcado por los frisos de triángulos rellenos de perlas. En su lugar, en uno de los extremos el círculo concéntrico que antaño aparecía discretamente sobre el brazo central, adquiere ahora un mayor protagonismo rodeándole varias aureolas de granete de las que arrancan en igual técnica un número variable de rayos: cuatro (10III, 10XI y 11I), cinco (10XV, 10XXI), ocho (8III) y sobre todo seis (8V, 8XI, 9I, 9II y 16V), aunque ocasionalmente puede carecer de los mismos (10XVI). En el otro extremo, hacia el garfio, es frecuente la presencia de un friso de zig-zag amplio realizado con granete. Este tema manifiesta, al igual que el garfio destacado, una clara inspiración en placas de tipología ibérica como

cierta de Miraveche que a su vez, utilizando técnica de granete, imita otras damasquinadas netamente ibéricas (Cabré, 1937: serie 6.^a, variante D, p. 109, lám. XVI, figs. 40 a 42).

En el tramo medio, quizás buscando una mayor conjunción con la estética del ornato de la placa hembra, se introduce ahora una nueva característica sumamente individualizadora para el grupo: la decoración del brazo central, antes continua en IA y IB, se ve detenida, al menos en alguna de sus líneas de granete, en ambos extremos, quedando por tanto la zona media lisa o como poco aliviada de ornato.

La decoración del tramo proximal no es menos expresiva de las novedades que introduce el grupo. Frente a la organización frisada del espacio en fases precedentes, se implanta ahora una composición en aspa, conformada habitualmente por cinco grupos de círculos concéntricos, con orlas externas de granete, en disposición de dado, arrancando del central hacia los restantes, en diagonal, haces de rayos también en línea de granete. Este motivo aspado parece incluso desplazar al clásico antropomorfo (si es que no son una misma cosa) de su marco distal, tal y como puede observarse en la placa 10III o de forma más espectacular en 10XI donde el antropomorfo queda relegado al brazo central de la zona de calado.

Algunas placas incluyen una variante de dicha composición consistente en círculo concéntrico aspado inscrito en cuadrilátero cuyo marco aparece relleno de pequeños circuitos (8I, 8IX, 10XX y probablemente 8XIV). Si recordamos que el tramo distal de estas piezas posee una organización ornamental en todo similar al grupo IB (e incluso que carecen de curvatura longitudinal) podría sospecharse su papel de nexo tipológico entre ambas series.

La pieza 11I pese a su decoración frisada en la zona proximal, se incluye en IC por presentar mayoritariamente caracteres evolucionados.

A nivel general, por lo que a las matrices se refiere debe consignarse para IC la drástica disminución de los motivos triangulares (entre los que parecen característicos aquéllos que incluyen una única perla, presentes también en soportes cerámicos como alguna cajita celtibérica recogida por Wattenberg, 1959: 208, tabla XIII: 1), en beneficio de los circulares mayoritariamente constituidos por tres y cinco círculos concéntricos.

Tipo II

Ya hemos señalado cómo el tipo II es un grupo minoritario y extraño en el que se incluyen únicamente dos piezas, alcanzando una representación de tan sólo el 4,5%. Se trata de placas de gran desarrollo longitudinal, concretamente la padillense II, con sus más de 320 mm. de longitud, constituye el ejemplar de mayor dimensión conocido hasta el presente.

Este modelo, sin embargo, no adquiere representación en la zona burebana. Efectivamente la pieza 13I, que sirve para definir el tipo II, escapa al área nuclear de distribución, localizándose en el Pirineo occidental francés. Se trata del único ejemplar completo, en función del cual creemos posible asimilar a su particular tipología la padillense II.

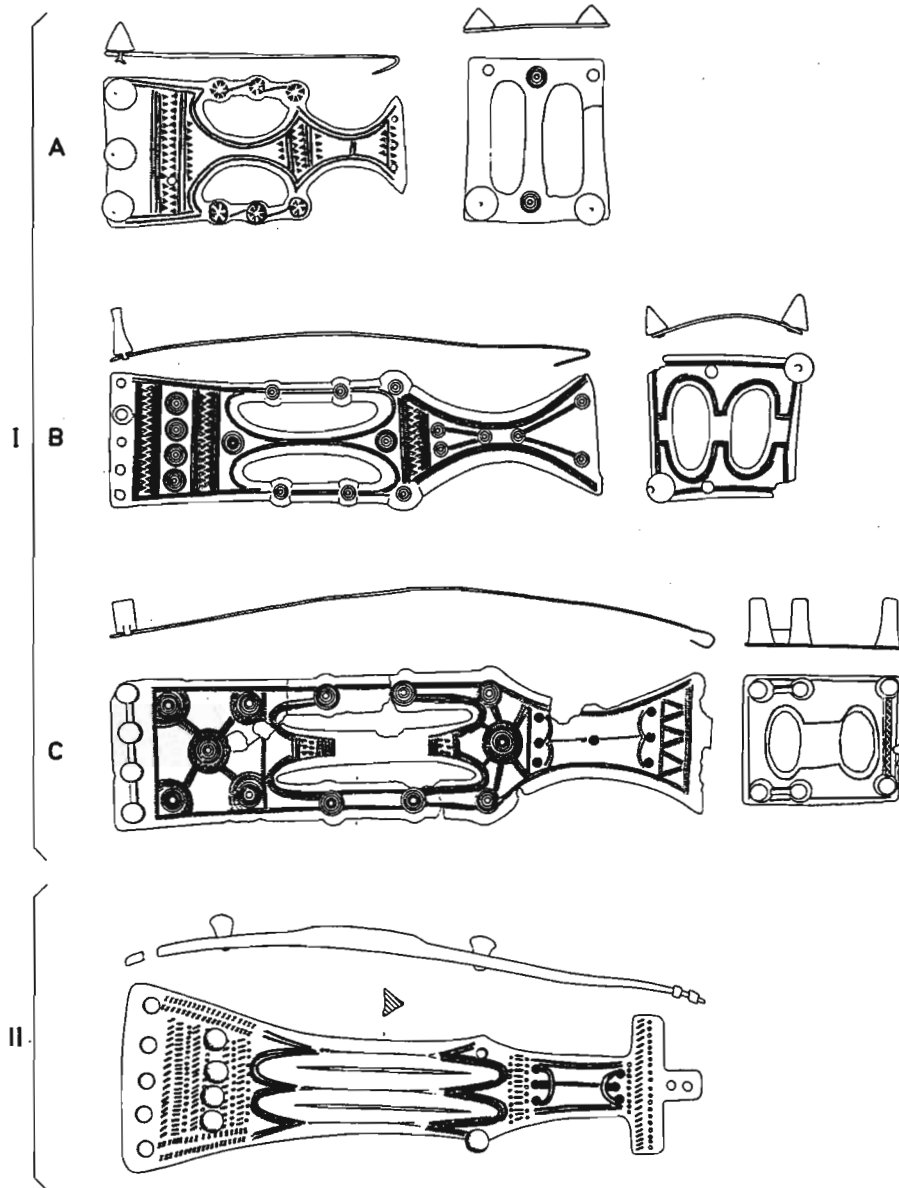


Fig. 10. Tipos y variantes de las placas Bureba.

Parece lógico que cuando Wattenberg manejara la placa II, la asimilara, pese a su excesiva longitud y caracteres morfológicos singulares, a las conocidas del área burgalesa-palentina, sugiriendo, no obstante, en función de dichas peculiaridades, que tales objetos en su conjunto hubieran detentado utilidades distintas que las de la vestimenta humana (Wattenberg, 1957: 61). Tras la publicación de la placa de Cambo, y a luz de los nexos tipológicos existentes entre ambas piezas, creemos que la interpretación ha de ser necesariamente diversa.

En este sentido dudamos que el reforzamiento central que caracteriza a los brazos del tramo medio, mediante la inclusión de una espesa sección que alcanza los 10 y 7 mm., respectivamente, en las placas de Cambo y Padilla, obedezca a una adaptación tardía operada por los metalurgistas para conferirles mayor robustez (Wattenberg, 1957: 59). Más bien, somos partidarios de explicar estas y otras singularidades como consecuencia de la adaptación del tipo a una función concreta. No estamos en condición de establecer cuál fuera ésta, por cuanto ambas piezas son hallazgos fortuitos; sin embargo, creemos se aleja de la detentada por el tipo I. Baste señalar cómo las placas de tipo II, al menos 13I, no son piezas articuladas, sino que por el contrario irían permanentemente fijadas a un soporte orgánico hasta por trece remaches; si a ello añadimos su configuración arqueada, grosor inusualmente espeso y reducción de las ventanas del tramo medio, nos encontraremos con ejemplares de mayor robustez claramente adaptados para una indeterminada actividad que exigiría de la pieza mayor resistencia. Se impone, pues, un criterio de diferenciación utilitario y no evolutivo o cronológico.

Particularmente enigmático se nos antoja el hecho de que tipológicamente el prototipo de esta serie (13I) y su sucesor más inmediato (II) se localicen tan alejados geográficamente entre ellos y del área productora por excelencia, donde, insistimos, pese a producirse la mayor concentración de placas, se desconoce en particular el tipo II. El significado de este hecho, con los datos actuales, escapa a nuestro entendimiento. De haber desconocido uno de los dos ejemplares, probablemente hubiéramos explicado su presencia, más que como consecuencia del comercio, como fruto de una imitación de un taller local, por cuanto aunque participa del modelo burebano, no acaba de encajar, ni estructural ni decorativamente, en él.

Efectivamente, tanto la pieza francesa como la padillense comparten unos caracteres muy específicos, pareciendo aquella, desde un punto de vista tipológico, anterior a la vallisoletana.

Los caracteres estructurales de la pieza de Cambo 13I se resumen en los siguientes puntos: 1) perfil longitudinal arqueado; 2) grosor elevado, máximo en su zona media; 3) flancos de los tramos proximal y medio acusadamente cóncavos, con anchura mínima en zona central del tramo medio; y máxima (doble a aquella) en borde remachado del tramo proximal, que, por extensión, representa la zona de máxima anchura de toda la pieza; 4) tramo medio con dos estrechos y alargados calados que determinan tres brazos de sección triangular, éstos carentes de los típicos nudos; 5) tránsito del tramo medio al distal mediante hombros angulosos; 6) gran número de remaches de sujeción (trece) distribuidos de la siguiente manera: nueve en tramo proximal (cinco de ellos en el borde y los restantes en un friso por encima), dos en el tránsito del tramo medio al distal (uno en cada hombro), y dos

más, sensiblemente más pequeños, en la lengüeta señalada del tramo distal; y por último, 7) extremo distal conformado por placa transversa y lengüeta.

Por su parte la placa II, constituye una clara derivación de la anterior, por cuanto participa plenamente de sus caracteres, introduciendo, no obstante, ligeras modificaciones. En este sentido, los calados, aunque estrechos aún, experimentan cierto aumento; los brazos determinados por aquéllos incluyen ya unos incipientes nudos decorados con círculos concéntricos; el número de remaches se reduce sensiblemente, concretamente a cinco localizados en el borde proximal, si bien en el lugar de los restantes que aparecían en la placa francesa, se encuentran ahora, como trasposición de los mismos, grandes círculos concéntricos troquelados.

Por lo demás, la similitud entre ambas placas se hace extensiva incluso al propio estilo decorativo, presidido por motivos de perlitas o granetes que forman: frisos horizontales superpuestos en el tramo proximal, orlas en los brazos afectando exclusivamente a sus extremos, con lo que resta una zona central libre de ornato, y, finalmente, esquematización de antropomorfo en extremo distal.

En virtud de esta proximidad tipológica creemos probable que la pieza II respondiera, en la configuración de su extremo distal, a la morfología detentada por el prototipo de la serie.

Una última cuestión radica en establecer la correspondencia de este tipo con respecto al I, y en concreto con qué variantes ha de relacionarse. En función de su desarrollo extremo, incurvación o interrupción de la decoración en la zona media de los brazos, tal vez tendríamos que volver los ojos a la variante IC; sin embargo, tales rasgos en el tipo II parecen adaptaciones a una función específica, y por tanto no creemos que obedezcan a los planteamientos de IC.

Mayor interés parecen poseer las cinco perforaciones presentes en el borde proximal de las piezas, o la organización decorativa en frisos, aspectos característicos de la variante IB, con la cual creemos deben equipararse por el momento a las piezas de tipo II.

Con todo, la decoración en ambas placas resulta extraña en relación a la generalidad de las piezas, ya que, a excepción de lo señalado para la variante IA, los motivos de granete se emplean habitualmente para enmarcar los diversos grupos decorativos o ceñir el perímetro de la pieza, pero sin llegar a adquirir el protagonismo que en II y 13I, donde constituyen el relleno de los frisos. Igualmente extraño, por único, nos parece la presencia en II de líneas incisas o guías sobre las que distribuir la decoración. En cualquier caso, los datos son escasos para poder aventurar una respuesta a las numerosas incógnitas planteadas y, por tanto, habrá que esperar a que nuevos hallazgos arrojen más luz sobre estos enigmáticos modelos.

CRONOLOGIA

Una vez expuesta la seriación tipológica de los broches tipo Bureba, resulta obligado entrar en las valoraciones cronológicas. Un repaso a la bibliografía existente nos permite comprobar la variedad de planteamientos propuestos: unos tendentes a la baja, otros a la alza y aún otros intermedios de carácter más atemperado.

Entre los que sostienen cronologías elevadas se encuentra Schüle, quien pro-

pone una vigencia del tipo durante todo el siglo V e inicios del IV a. C. (Schüle, 1969: tabla cronológica). Siguiendo a éste, Mohen (1972: 29) fecha igualmente en el siglo V a. C. la sorprendente pieza francesa. Cerdeño (1978: 283, cuadro tipocronológico) propone el desarrollo de estas producciones, que incluye dentro de su tipo DIII1b, entre el 460 y 370 a. C., datación que consideramos excesivamente ajustada para los datos existentes.

En el extremo opuesto nos encontramos con opiniones como la de Wattenberg, quien señala para la placa padillense II una serie de caracteres adaptativos interpretados como signos de fabricación avanzada que le llevan a fechar la pieza hacia el final del S. III a. C. (Wattenberg, 1957: 63). Por su parte, Cuadrado (1960: 90-91) establece, a través de determinados motivos decorativos como «ochos» troquelados o pareja de granetes, cierta equiparación entre las fíbulas anulares de anillo grueso con cartela y los broches burebanos, situando a ambos en el contexto cronológico más reciente de todos los propuestos: finales del S. III o inicios del II a. C. Evidentemente es necesario cuestionar el argumento de comparación ante la manifiesta pervivencia decorativa de motivos de mayor entidad como por ejemplo el aducido antropomorfo que suele decorar el extremo distal de las placas macho, el cual concurre en soportes posteriores y estructuralmente diferentes de los tipo Bureba, como puede verse en la placa de Uceró (García Soto, Rovira y Sanz, 1984: fig. 1) o las de Villanueva de Teba (pervivencias igualmente valoradas de forma implícita por Abásolo y Ruiz Vélez, 1979: 117).

A posiciones intermedias o más moderadas nos remite Cabré, quien plantea la suplantación de los broches Bureba por los puñales Monte Bernorio (de la que se hace eco Pellicer, 1968: 35), que vendrían a desempeñar una función igualmente emblemática, superando los perjuicios derivados de la fragilidad de las placas burebanas. Este cambio se operaría hacia el final del S. IV o inicios del III a. C. (Cabré y Cabré, 1933: 43-44), representando, pues, este momento una fecha «ante quem» para los broches Bureba. La datación, si bien puede considerarse válida, ciertamente peca de reduccionista por haberse producido en un momento excesivamente temprano en el que se carecía de referencias y hallazgos trascendentales. Mayor descrédito ha sufrido con el paso del tiempo y la intensificación de los datos el modelo de suplantación propuesto de un elemento por otro, máxime después de comprobar que tanto las placas Bureba como los puñales Monte Bernorio (Sanz, 1990b) no son elementos estáticos, plenamente conformados desde génesis hasta su sustitución, sino que se hallan sujetos a una evolución continua y en alguna medida interdependiente, lo que les otorga cierto grado de coetaneidad. De hecho, las coincidencias formales y estéticas aducidas por Cabré para ambos elementos se entienden mejor desde una perspectiva de convivencia que de ruptura o suplantación, y en este sentido probablemente sea interesante, a la luz de los nuevos datos proporcionados por los puñales (Sanz, 1990b), intentar correlacionar ambas secuencias.

El denominador común de las mismas parece radicar en el factor longitud, evolucionando desde piezas cortas a otras cada vez mayores. Según esto resulta tentadora la equiparación de las llamadas *fases formativas y de desarrollo* de los puñales (Sanz, 1990b: 175) con las ahora establecidas variantes A y B-C del tipo I burebano, respectivamente.

En efecto serie IA de broches y *fase formativa* de puñales parecen compartir, salvando las diferencias de funcionalidad y soporte, un ambiente tipológico próximo. Así, el tramo medio de los broches con nudos apenas destacados, hombros angulosos y calados anchos tendentes al semicírculo manifiesta una clara simbiosis con algunas conteras rectangulares de los puñales (Sanz, 1986: fig. 1 y 2). Por otro lado, las decoraciones se basan fundamentalmente en triángulos enfrentados por el vértice, ya sean en técnica calada o burilada para el hierro, o estampada para el bronce (diversidad técnica que parece responder más que nada a las características físicas del soporte), resultando raros los temas de círculos concéntricos e inexistentes las lacerías. Incluso puñales de contera tetralobulada como el inédito de la colección Fontaneda (Sanz, 1990b: 175) asimilado a esta fase, aún no incluyen en sus discos los típicos círculos concéntricos que se harán habituales en puñales de la *fase de desarrollo* y placas Bureba de tipo IB y IC.

Así pues, parece factible que la serie IA se beneficie de la cronología propuesta para aquellos puñales, es decir, primera mitad del siglo IV a. C., sin descartar un arranque ligeramente anterior (Sanz, 1990b: 176).

Por su parte, la *fase de desarrollo* (subfases 1 y 2) de los puñales Monte Bernorio podría corresponderse con las variantes IB-IC de las placas Bureba, dándose la coincidencia del fuerte aislamiento de ambos elementos (aproximadamente el 80% de los puñales y el 100% de las placas IC no rebasan el marco septentrional).

Los puñales de la *fase de desarrollo* manifiestan en su momento inicial, al igual que placas IB, una clara dependencia formal y estética de la serie precedente, si bien experimentan cierto desarrollo al entrar ya en competencia los motivos de círculos concéntricos, característicos ahora de nudos y discos de broches y puñales respectivamente, o los motivos sogueados o lacerías (por ejemplo presentes en la placa II del tipo II). Algunas piezas como el puñal de la tumba 31 de Miraveche presenta en su lengüeta un motivo idéntico al que se conserva en el extremo distal de la placa 16I (Schüle, 1969: lám. 139: 11).

El segundo momento de la *fase de desarrollo* supone para los puñales, aún dentro de la línea anterior, cierta renovación que también cabe apuntar para las placas IC. Se generalizan ahora los temas de lacerías en los puñales y ganan presencia los motivos circulares, desapareciendo prácticamente los triangulares antaño tan frecuentes. Motivos antropomorfos similares a los destacados por Mohen (1972) pueden verse en las conteras de los puñales de la tumba 201 de La Osera (Cabré y Cabré, 1933; lám. VII) o de la tumba 28 de Padilla (inédito). Asimismo parece posible correlacionar el motivo radiado o aspado de las placas de IC con otros que aparecen habitualmente en el tramo proximal de la vaina (motivo 50 y 51 de Griño, 1989: tabla decorativa, p. 73; el motivo 52 de la misma tabla, correspondiente a un puñal de *fase de expansión*, manifiesta mayor proximidad aún).

En función de los paralelos aducidos parece adecuado situar los broches IB y IC entre mediados del siglo IV y finales del mismo, todo lo más inicios del III a. C., máxime si tenemos en cuenta que en Villanueva de Teba concurre una placa de tipo IC y un puñal Monte Bernorio de *fase de expansión* ambos con un carácter absolutamente residual que teóricamente se beneficiarían de la data inicial propuesta para el yacimiento.

Volviendo a las evidencias directas aportadas por los diversos yacimientos, comprobamos cómo la descontextualización de la mayoría de las placas no permite ajustar con excesiva precisión su data, aunque también es cierto que el problema básico para la Meseta Norte es la falta de estratigrafías o de elementos de importación que proporcionen referencias absolutas.

Así, junto a piezas de las que desconocemos con certeza su procedencia, caso de las depositadas en el Museo Arqueológico de Barcelona, nos encontramos con otras como las de Tardajos, Villamorón, Soto de Bureba, Monte Bernorio, o Caranca provenientes de contextos superficiales. Asimilar directamente las placas burebanas a otros hallazgos de prospección, o de excavaciones antiguas plantea un serio peligro: caer en el reduccionismo e interpretar todas las evidencias como sincrónicas o correspondientes a un solo momento del desarrollo del enclave.

En este sentido cierta desconfianza nos produce la pretendida asociación entre fragmentos cerámicos (celtibéricos y hechos a mano) recogidos superficialmente en Soto de Bureba y el lote broncíneo, con placas Bureba custodiado actualmente en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid (Abásolo y Ruiz, 1979), ya que tomando como base la presencia de dichas cerámicas se postula para las placas, al menos implícitamente, una cronología avanzada de finales del siglo III o inicios del II a. C. Esta data vendría a coincidir con el momento de contacto de la Cultura Broncínea septentrional y la Celtibérica (Abásolo y Ruiz; 1979: 117), contacto que curiosamente en la necrópolis de Villanueva de Teba, a mediados del siglo II a. C., parece que aún estaba por producirse, o tal vez mejor por manifestarse, ya que probablemente fenómenos rituales estén negando los ansiados indicios celtibéricos en las tumbas de las necrópolis septentrionales (Sacristán y Ruiz, 1985: 212).

Otro conjunto de piezas ha corrido mejor suerte al ser recuperado en el marco de intervenciones arqueológicas. Dejando a un lado el caso de Miraveche, cuyas asociaciones resultan escasamente fiables —de hecho las diversas variantes de placas se acompañan indiscriminadamente de espadas tipo Miraveche o puñales Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 137, 140, 151 y 152)—, Palenzuela, Ubierna, Villanueva de Teba y Padilla de Duero son los únicos yacimientos con tales placas que se han beneficiado de metodologías arqueológicas.

La necrópolis de Palenzuela ha proporcionado un solo ejemplar, cuyas características específicas desconocemos, aunque si ha de encajar en lo observado en el análisis de distribución cartográfica correspondería al tipo IA o IB. Aunque en principio los materiales asociados no fueron valorados, y de hecho esta placa Bureba y un fragmento de espada Miraveche recogido en superficie servían para remontar las evidencias iniciales de cementerio al siglo IV a. C. (Martín Valls, 1985: 114), recientemente, por lo que a la placa respecta, se ha explicado su convivencia con elementos metálicos minuatizados como signo de perduración (Martín Valls y Esparza, en prensa) retomando la cronología sugerida por Wattenberg (1957) para la placa padillense, y, por tanto, encajándola en el principal horizonte cronológico del yacimiento: siglos III-II a. C.

Por su parte, los resultados de las excavaciones de Ubierna y Villanueva de Teba permanecen aún inéditos, por lo que hemos de remitir a las escasas referencias publicadas y a algunas indicaciones recibidas de sus investigadores. Dos as-

pectos nos parecen ilustrativos: en primer lugar el ambiente arcaico de los materiales de Ubierna —con cronología centrada en los siglos V-IV a. C. (Abásolo et alii, 1982: 25)— encaja bien, más probablemente en el siglo IV a. C., con la tipología de los broches proporcionados (IA y IB); por su parte de Villanueva de Teba —en un ambiente más tardío, datado entre la segunda mitad del siglo III y el II a. C. (Abásolo et alii, 1982: 26)— concurren exclusivamente, y además de forma residual, las placas más evolucionadas o de tipo IC, permitiendo sospechar por tanto que a mediados del siglo III a. C. el tipo no se prodigaba ya.

Finalmente, la necrópolis de Padilla de Duero proporciona una valiosa referencia debido a la riqueza y precisión del contexto que acompaña a algunas de sus placas, si bien como inconveniente habría que señalar la marginalidad de esta zona con respecto al hipotético centro de producción, hecho que podría distorsionar, en unión de posibles fenómenos retardatarios vinculados al exotismo y carácter emblemático que poseyeran, ligeramente las cronologías.

Las piezas I VIII y I IX forman parte de la colección Madrazo; I VII fue exhumada en el sector de excavación II-N. Estas placas, pese a carecer de materiales directamente asociados, podría beneficiarse de su localización concreta dentro de la estratigrafía horizontal propuesta para el yacimiento (Sanz, 1990a: 169), encuadrándose en un momento no preciso del siglo IV a. C.

Las tumbas 27 y 31 depararon respectivamente un juego completo de placas. En la primera de ellas, I II y su complementaria I III aparecían asociadas a producciones exclusivamente hechas a mano: ocho recipientes, de los cuales una olla de gran tamaño hacía las funciones de urna cineraria; el broche aparecía por debajo de ésta, estrechamente vinculada, por tanto, a los restos cremados. Por su parte, el juego de placas I IV y I V se encontraban en unión de una fíbula y una grapa hemisférica de bronce, en el interior de la urna cineraria, una olla también, pero de factura tosca realizada a torno; cuatro vasos más hechos a mano y dos individuos casi completos de *lepus lepus* y *gallus gallus* constituían las ofrendas. Ambos conjuntos, pese a que uno de ellos no haya deparado cerámicas torneadas, han de datarse teniendo como base la introducción del torno en la zona, así como la propia ubicación dentro de la estratigrafía horizontal propuesta, lo que nos llevaría a un momento próximo a los comedios del siglo IV a. C. o inicios de su segunda mitad.

DISPERSION

Si observamos ahora la distribución cartográfica de las diversas placas tipo Bureba conocidas hasta el presente, vemos cómo puede identificarse sin dificultad un foco de máxima densidad ceñido a una reducida área, de apenas unos ochenta kilómetros cuadrados, delimitada por los yacimientos de Soto y Busto de la Bureba, Miraveche y Villanueva de Teba. En estas cuatro localidades se recogen un total de 24 ó 27 placas activas, según incluyamos o no, respectivamente, las placas custodiadas en el Museo Arqueológico de Barcelona (probablemente, como ya señalamos, procedentes de Miraveche), lo que equivale a algo más del 50% de la producción conocida; dato expresivo que cobra mayor significación si considera-

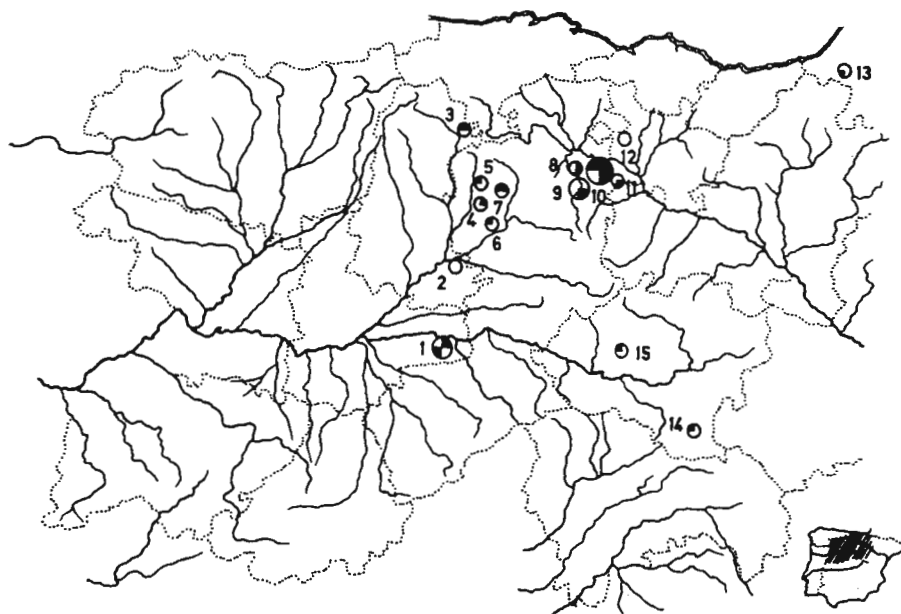


Fig. 11 Mapa de dispersión cuantitativa ($\circ < 5$, $\circ 5-10$, $\circ > 10$) y tipológico (\odot IA, \bullet IB, \ominus IC, \oplus II, \circ , Indeterminado) de los broches tipo Bureba: 1. Padilla de Duero; 2. Palenzuela; 3. Monte Bernorio; 4. Sasamón; 5. Villamorón; 6. Tardajos; 7. Ubierna; 8. Soto de Bureba; 9. Busto de Bureba; 10. Miraveche; 11. Villanueva de Teba; 12. Caranca; 13. Cambo; 14. Almaluez; 15. La Revilla.

mos su reparto por subtipos: un 30% para IA, 45% para IB y, lo que parece más interesante, el 100% de IC.

Otra zona, aunque de entidad menor, parece perfilarse entre los yacimientos de Sasamón, Villamorón, Tardajos y Ubierna, sin embargo, en este caso, la decena de placas obtenidas no llegan a alcanzar ni el 20% del total siendo el reparto por subtipos de un 40% para IA y un 27% para IB, la serie IC no adquiere representación. Relativamente próximos, al N. y S. de éstos, hallamos las tres piezas de Monte Bernorio y el ejemplar inédito de Palenzuela.

En dirección Noreste, la pieza de Caranca representa un tímido avance hacia el sorprendente hallazgo de Cambo. En este punto de los Pirineos occidentales se desconoce en absoluto el tipo I y curiosamente hay que recorrer en dirección Suroeste unos trescientos kilómetros lineales, dejando atrás la Bureba, para encontrar en Padilla de Duero un paralelo adecuado al tipo II detentado por la localidad francesa.

En último lugar, la línea del Duero parece constituir por el momento el límite extremo meridional de la distribución del tipo Bureba. En Padilla de Duero contamos únicamente con una placa asimilable al tipo II y otras dos a la serie IB. Las restantes por la fragmentariedad en que se encuentran no permiten precisar su ad-

cripción tipológica, únicamente la pieza IIX tal vez pudiera corresponder, por su reducido tamaño, a IA.

Remontando el curso fluvial del Duero, en tierras sorianas observamos también algunos escasos testimonios, interpretados en el caso de Almaluez como errores de ordenación de los fondos del M.A.N. Evidentemente tras la comprobación de otros restos similares en La Revilla (Ortego, 1985: 133), tal vez La Mercadera (Schüle, 1969: lám. 51, 11) o Uceró (García-Soto, Rovira y Sanz, 1984: 222, fig. 2, aunque más evolucionada, filial por sus decoraciones y calados rectangulares del tipo Bureba), no parece imposible la presencia de este tipo en la necrópolis de Almaluez.

Por otro lado, si comparamos la distribución de los puñales Monte Bernorio (Sanz, 1990a: fig. 1) y las placas Bureba (fig. 12) observaremos una dispersión de puntos muy similar, si bien en el caso de las últimas algo más restringida, ya que dejan de documentarse en la zona abulense y adquieren menor representación en el área soriana. Esta ausencia y disminución no parece que se pueda justificar por la falta de investigaciones o documentación de esas áreas, ya que en Avila es sobradamente conocida la importancia de las excavaciones efectuadas en necrópolis como La Osera o Las Cogotas, donde tan buena representación hallan las placas de tipología ibérica (Cabré, 1937). Dicha intensidad puede hacerse igualmente extensiva al área soriana, donde necrópolis como Carratiernes con un volumen importante de trabajos ha arrojado ya una buena colección de broches célticos entre los que no hallan representación sin embargo los de tipo Bureba (Alonso, en prensa).

A la luz de los datos expuestos parece necesario elaborar hipótesis de trabajo que expliquen el origen, expansión y sustitución de este peculiar producto de la metalistería prerromana.

Hemos señalado previamente cómo las placas de la serie IA surgen a partir de prototipos célticos característicos de la Cultura del Tajo, grupo de la Meseta que definiera Schüle. Si dichos prototipos aparecen representados como en ningún otro lugar entre las cabeceras del Duero y Tajo (Cerdeño, 1978, fig. 3) y dado que alguno de los ejemplares más antiguos de la serie IA concurren allí (14I), ¿podríamos pensar que el tipo Bureba se generase en una zona como la soriana, ajena a la de su posterior implantación y desarrollo? Cabe apuntar como rasgo de singularidad, proporcionando por tanto cierto grado de independencia, la presencia en la placa 14I de una estampilla triangular rellena de quince perlas no documentada hasta el presente en ninguna otra pieza de la serie Bureba. Por otro lado, si nuestra línea de indagación para las fíbulas de doble resorte de puente en cruz no es equivocada, estas aparatosas fíbulas parecen manifestar un proceso similar, localizándose sus modelos más antiguos en la zona oriental de la Meseta, pero manifestando una mayor implantación sus series más evolucionadas en Duero Medio y grupo septentrional (Campano y Sanz, 1989: 72-73). Con todo, la presencia del tipo burebano, excesivamente escasa en este área probablemente reste valor a esta hipótesis.

Otra posibilidad es que la vía del Duero hubiese operado para estos productos en sentido inverso, es decir, que los escasos hallazgos sorianos fueran consecuencia de puntuales intercambios comerciales, no directos con la Bureba sino mediatizados por enclaves del Duero Medio como Padilla. En este caso, la presencia de

un tipo de estampilla triangular rellena de cuatro perlas (dos basales y otras dos alineadas perpendicularmente a aquélla) exclusivamente en las placas de Padilla (1IV y 1VII) y La Revilla (15I) tal vez esté informando dicha relación.

Según lo anterior, si descartamos al foco oriental como generador del tipo, restaría por dirimir si dicho papel pudo corresponder al Duero Medio o al grupo septentrional de Miravechel. Tal duda no se nos plantería si no observáramos una moderada presencia del tipo IA en la Bureba (30%) de forma similar a lo constatado en los puñales tipo Monte Bernorio, los cuales en su *fase formativa* (correlacionable con las placas IA) apenas constituyen el 20% en la Cultura que les dio nombre, mientras que su representación es del 60% en Padilla y del 20% en la zona oriental soriana, es decir, del 80% en el valle del Duero (Sanz, 1990a). No obstante, en el caso de los broches debe valorarse que otro 40% de la serie IA se localiza en una zona próxima a la Bureba, entre la orilla derecha del Arlanzón y Lora.

En definitiva, con todas estas disquisiciones no pretendemos sino proporcionar un contrapunto o cierta duda razonable a los planteamientos aislacionistas y de excepcionalidad tradicionalmente argüidos al referirse a la Cultura Broncínea de Monte Bernorio-Miraveche. Contrapunto que sin duda encuentra justificación en los hallazgos más recientes del Duero Medio (puñales, broches Bureba, FDR.PC. o ciertos tipos de ffbulas anulares hispánicas: Sanz, en prensa), que en algún caso proporcionan incluso mejores evidencias para modelos considerados hasta ahora como exclusivos, o al menos originarios, del foco septentrional.

Dejando a un lado la cuestión del origen, no cabe duda que la Bureba constituyó el área de implantación por excelencia del tipo, sobre todo por lo que a su fase terminal o IC se refiere. La representación exclusiva de esta variante en dicho marco responde a un singular proceso de involución probablemente como consecuencia de cierta inadaptación (por más que se produzcan algunas modificaciones decorativas o estructurales ya apuntadas) ante la irrupción de nuevos modelos de tipología ibérica. A diferencia de lo ocurrido con los puñales Monte Bernorio, que en su *fase de expansión* alcanzan cierta trascendencia en necrópolis como las abulenses caracterizadas por un armamento hasta entonces bien diferente, los broches Bureba no parece que manifestaran igual vitalidad, y probablemente en los inicios del S. III a. C. habrían periclitado ante la generalización de los nuevos soportes de tipología ibérica.

BIBLIOGRAFIA

- Abásolo Alvarez, J. A. y Ruiz Vélez, I. (1977): *Carta arqueológica de la provincia de Burgos. Partido judicial de Burgos*. Burgos.
- (1979): «Un importante yacimiento de la segunda Edad del Hierro en la Bureba. El castro de Soto (prov. de Burgos)», *Kobie*, 9: 103-119.
- Abásolo Alvarez, J. A. et alii (1982): *Arqueología burgalesa*. Burgos.
- Alonso Lubias, A. (en prensa): «Los broches de cinturón en la necrópolis de Carratiermes», *II Symposium de arqueología soriana*. Soria, 1989.
- Alvarez García, A., Cebolla Berlanga, J. L. y Blanco Morte, A. (1990): «Elementos metáli-

- cos de tipo celtibérico. La colección Pérez Aguilar», *II Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis Celtibéricas*. Daroca, 1988. Zaragoza.
- Beltrán, A. (1984): «Biografía de Juan Cabré Aguiló», *Juan Cabré Aguiló (1882-1982). Encuentro de Homenaje*: 9-37, Zaragoza.
- Blázquez, J. M. (1983): «Cinturones sagrados en la Península Ibérica», *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, II: 411-420.
- BSAA (1954): «Prospecciones arqueológicas y visitas realizadas durante el curso 1953-1954», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XX: 7.
- Cabré Aguiló, J. (1916): «Una sepultura de guerrero ibérico de Miraveche (Burgos)», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, III: 1-16.
- (1920): «Acrópolis y necrópolis cántabras de los celtas Berones del Monte Bernorio», *Sociedad Española de Amigos del Arte*: 5-34.
- (1931): «Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, VI: 57-84.
- (1937): «Decoraciones hispánicas II. Broches de cinturón de bronce, damasquinados con oro y plata», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 38: 93-126.
- Cabré Aguiló, J. y Cabré Herreros, M. E. (1933): «Datos para la cronología del puñal de la cultura de Las Cogotas», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 25: 37-45.
- Campano Lorenzo, A. y Sanz Mínguez, C. (1989): «Fíbulas de doble resorte de puente en cruz», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LV: 61-78.
- Camps Cazorla, E. (1952): «Un lote de piezas célticas en el Museo de "Lázaro Galdiano"», *II Congreso Nacional de Arqueología*. Madrid, 1951, Zaragoza: 355-362.
- Cerdeño Serrano, M. L. (1978): «Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico», *Trabajos de Prehistoria*, 35: 279-306.
- Cuadrado Díaz, E. (1960): «Fíbulas anulares típicas del Norte de la Meseta Castellana», *Archivo Español de Arqueología*, XXXIII: 64-97.
- Domingo Varona, L. (1982): «Los materiales de la necrópolis de Almaluez (Soria) conservados en el Museo Arqueológico Nacional», *Trabajos de Prehistoria*, 39: 241-278.
- García-Soto Mateos, E., Rovira Llorens, S. y Sanz Nájera, M. (1984): «Broches de cinturón de tipo Miraveche en la necrópolis celtibérica de Uceros», *Actas del primer symposium de arqueología soriana*, Soria: 213-227.
- Gil Farrés, O. (1963): «Armas posthallstáticas del siglo III a. de J. C.», *Memorias de los Museos Arqueológicos*, XIX-XXII, 1958-61: 14-16.
- Herrera Oria, E. (1921): «Descubrimientos ibero-romanos en la Bureba (Burgos)», *Memorias de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*, VII: 45-65.
- Mañanes Pérez, T. (1983): *Arqueología vallisoletana II: Torozos, Pisuerga y Cerrato. Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero*. Valladolid.
- Martín Valls, A. (1984): *Prehistoria Palentina*, en Julio González (dir.), *Historia de Palencia*, I: Edades Antigua y Media: 36-46. Palencia.
- (1985): «Segunda Edad del Hierro. Las Culturas prerromanas», en Delibes, G., Fernández, J., Romero, F. y Martín, R., *La prehistoria en el Valle del Duero, Historia de Castilla y León*, vol. I, Valladolid: 104-131.
- Martín Valls, R. y Esparza Arroyo, A. (en prensa): «Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica», reunión sobre *Paleoetnología en la Península Ibérica. Etnogeografía*. Madrid, diciembre 1989.
- Martínez Burgos, M. (1924): «Acuerdos y noticias» del *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Burgos*, año III, 7, 2.º trimestre: 223.
- (1935): *Catálogo del Museo Arqueológico de Burgos*. Madrid.
- (1941): «Museo Arqueológico de Burgos. Adquisiciones de ajuares de la Edad del Hierro», *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, II: 53.

- Martínez Santa-Olalla, J. (1923): *Prehistoria burgalesa*, inédito.
- Mohen, J. P. (1972): «L'agrafe de Cambo (Basses-Pyrénées), *Antiquités Nationales*, 4: 29-34.
- (1980): *L'Age du fer en Aquitaine. Memoires de la Société Préhistorique Française*, tome 14.
- Morán Cabré, J. A. (1975): «Sobre el carácter votivo y apotropaico de los broches de cinturón en la Edad del Hierro Peninsular», *XIII Congreso Nacional de Arqueología*. Huelva, 1973. Zaragoza: 597-604.
- Ortego Frías, T. (1985): *Edad Antigua*, en J. A. Pérez-Rioja (dir.), *Historia de Soria*, tomo I: 125-208. Soria.
- Palol, P. de, Fontaneda, E. y Recio, A. (1969): «Nuevos hallazgos arqueológicos de la región de Valladolid (III)», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXIV-XXXV: 289-312.
- Pellicer Catalán, M. (1968): «Tratamiento de materiales metálicos de la Necrópolis del Hierro Céltico de Miraveche (Burgos)», *Informes y Trabajos del I.C.R.O.A.*, 7: 25-36.
- Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (en prensa): «Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica». *II Symposium de arqueología soriana*. Soria, 1989.
- Rovira Llorens, S. y Sanz Nájera, M. (1982); «Análisis tecnológico de varias piezas metálicas procedentes de Busto de Bureba (Burgos)», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 16: 44-51.
- (1986-87): «Aproximación al estudio de la técnica de la elaboración de los broches de cinturón del área cultural Miraveche-Monte Bernorio», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Salamanca, 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL; 353-363.
- Sacristán de Lama, J. D. y Ruiz Vélez, I. (1985): «La Edad del Hierro», en Montenegro Duque, A. (dir.), *Historia de Burgos*, vol. 1, Burgos: 178-220.
- Saenz de Urturi, F. (1983): «El final de la Edad del Hierro», *Museo de Arqueología de Alava*: 125-135. Vitoria
- Sanz Mínguez, C. (1985); *Una necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en Padilla de Duero (Valladolid)*. Memoria de licenciatura mecanografiada. Universidad de Valladolid.
- (1990a): «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)». *II Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis Celtibéricas*. Daroca, 1988, Zaragoza: 159-170.
- (1990b): «Metalistería prerromana en la Cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVI: 170-188.
- (en prensa): «Fíbulas anulares hispánicas con cabecera de puente remachada», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*.
- Sanz Mínguez, C. et alii (1989): *Padilla de Duero: Investigaciones arqueológicas (1985-1989)*. Valladolid.
- Sanz Nájera, M., Rovira Llorens, S. y Fraile Clemente, J. L. (1978): «La fíbula del poblado de Valmatón», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 10: 25-30.
- Schüle, W. (1969): *Die Meseta Kulture der Iberischen Halbinseln*, *Madrider Forschungen*, 3, Berlin.
- Sentenach, N. (1924): «La Bureba», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 32: 2-8.
- Wattenberg Sanpere, F. (1957): «Un broche de bronce celtibérico», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXIII: 55-63.
- (1959): «La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la Cuenca media del Duero», *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, II.